

**LA
GALLINA
DEGOLLADA**
REVISTA LITERARIA

Año 2 / Número 2
Agosto 2008
Precio de tapa \$10

Nº 2

Contexto **EDWARD SAID**

Dossier **BERNARDO TOBSON**

Cuentos **DINO BUZZATI,
ALEJANDRA LAURENCICH,
ROBERTO SCONZA**

Entrevista **HORACIO CACCIABUE**

Rescate **RAFAEL BARRETT**

La bauleira **WILLIAM SAROYAN**

"Vivir no es otra cosa que arder en preguntas" Antonin Artaud

sumario



Editorial: /Pág. 1

Para habitar una independencia

Cuento Ficción: /Pág. 2 a 6

"Ceci, en la noche del milenio" de Alenjanbra Laurencich

Contexto: /Pág. 7 a 10

"Literatura y Literalismo" por Edward Said

Gog y Magog /Pág. 11 a 13

Rescate: /Pág. 14, 15

"El esfuerzo" de Rafael Barrett

Cuento: /Pág. 16, 17

"Una gota" Dino Buzzati

Poesía: /Pág. 18, 19

María José Sánchez Lesta/ Camila Goldman /
Jorlanie Reis/ Adriana Billone

Dossier Bernardo Jobson: /Pág. 20 a 32

Entrevista: /Pág. 33 a 35

Horacio Cacciabue

Reseñando cine, teatro y literatura /Pág. 36, 37, 38

Cuento contemporáneo: /Pág. 39 a 42

"El baile" Roberto Sconza

La baulera: /Pág. 43 a 47

"El temerario joven del trapezio" William Saroyan

Sección: /Pág. 48

La gallina recomienda

director
Hernán Bayón

sub-directora
María José Sánchez Lesta

consejo de redacción
Camila Goldman
Claudia Gorenstein
Stella M. Roque
Yolanda Veneri
Lucía Turco

diseño gráfico
Leticia Viola

artes visuales
Damián Foresti
Sebastián Pardo
Gabriel Pardo
Andrea Riera
Lucía Riera

colaboradores
María Gabriela García
Andrés Manrique

los asesinos tímidos
Revista de crítica y opinión literaria

contacto
lagdegollada@gmail.com
contacto@lagallinadegollada.com.ar
www.lagallinadegollada.com.ar

impreso en:
Gráfica Peiró
Solís 2116, (1134) Buenos Aires
Tel. 4304-8172/4306-5690

puntos de venta

Librerías: Biblos, Púan 378/ Gambito alfí, José Bonifacio 1402/ Librería de las Madres, Hipólito Yrigoyen 1440/ Gandhi Av. Corrientes 1743/ Librería de la Mancha, Corrientes 1888 / Guadalquivir, Callao 1012/ Crack Up, Costa Rica 4767 Palermo/ Liberarte, Corrientes 1555/ Losada, Corrientes 1551/ Norte, Av. Las Heras 2225/ La Internacional, Honduras 5270 Palermo/Librería Santa Fe, Av. Santa Fe 3253, 2376, 2582, Av. Callao 335/ Mármol, Lavalle 2015/ Acme, Arenales 885/ La boutique del libro, Thames 1762 Palermo/ Zivals, Av. Callao 395/ Edipo, Av. Corrientes 1674/ Hernández, Av. Corrientes 1436, 1311/ Antígona Biblioteca, Las Heras 2597/ Antígona, Av. Callao 737/ Clásica y Moderna, Av. Callao 892/ Crime Libros, Lavalle 985/ Distal Libros, Boyacá 41, Santa Fe 3142, Florida 914, Guido 1990, Florida 436, 738, 528, 249, Cabildo 2431, Rivadavia 4648/ Fedro San Telmo, Carlos Calvo 578/ Galerna Cabildo, Av. Cabildo 1852/ La Barca, Scalabrini Ortiz 3048/ Las mil y una hojas, Luis María Campos 1384, Federico Lacroze 2219/ Librería de las Luces, Av. De Mayo 979/ Lilita Libros, Av. Santa Fe 3753/ Mascará Libros, Av. Santa Fe 2928/ Monod Libros, Montevideo 864/ Julio Cortázar, Av. Corrientes 1543/ Paidós Del Fondo, Av. Santa Fe 1685/

Para habitar una independencia

"El arte tiene que volver a ser un acto de sinceridad" - Jacobo Fijman

Dicen, que el primer paso es el más importante, que mas allá de sus imperfecciones o no, en ese primer movimiento comienza la dirección de un acto de voluntad único, genuino y personal. Se suele observar también, que el problema no es ese primer paso, sino el que le sigue, aquel que tiende a reforzar esa voluntad y marcar los siguientes pasos bajo la firmeza de esa primera intención que vuelve a elegirse, que vuelve a existir ligada a la conciencia de saber que ya no se puede volver atrás. O por lo menos que ya no se puede volver atrás de la misma manera, sin haberse uno transformado íntimamente en esa experiencia. Nosotros, los que integramos La Gallina, creemos que ya dimos ese primer paso, y que este segundo que ahora damos trae los cambios que toda experiencia marca en la raíz de nuestra manera de ver y sentir el mundo, de situarnos en la historia. Es decir, hablamos de filosofía y de historia, de política y literatura, pero por sobre todo hablamos de esa enorme responsabilidad, de ese inabarcable misterio luminoso y terrible que es la vida en todas sus formas. A decir verdad, como cualquier lector puede darse cuenta, desde nuestro primer número ya ha pasado cierto tiempo y han cambiado algunas cosas, lo cual deja a la revista en un nuevo marco de situación en relación a su génesis original. Esto es: vamos a seguir existiendo con una nueva forma material pero bajo la misma línea editorial. Eso es todo. Las razones son variadas y abarcan desde los condicionamientos financieros y materiales como la necesidad de reorganizar el cuerpo de la revista con el propósito de ganar mayor organicidad en los contenidos. Lo cual nos lleva a agregar que tanto el sentido como la posibilidad de existencia de La Gallina y sus mutaciones y/o condicionamientos sólo pueden pensarse desde un factor común: aquel que nos identifica con la difícil pero gratificante elección de construirnos como un medio independiente tanto en sus recursos como en su posicionamiento intelectual crítico dentro de la industria cultural. Como un francotirador del sentido común y la estratificación de los discursos, nuestro proyecto se funda en la revalidación de una conciencia crítica. Lejos de los registros del nihilismo de ciertos escritores de moda creemos en la importancia del compromiso intelectual, de un análisis profundo de nuestra sociedad que no agote su campo en las doctrinas ni que desvincule las esferas de lo cultural y lo político como si la literatura formara parte o sucediera en un plano metafísico y los productos culturales se adquirieran con coloridos billetes de El Estanciero. Y volviendo al compromiso del intelectual, en este sentido pensamos de manera similar a Edward Said cuando refiriéndose al intelectual escribe:

"Para mí el hecho decisivo es que el intelectual es un individuo dotado de la facultad de representar, encarnar y articular un mensaje, una visión, una actitud, filosofía u opinión para y a favor de un público. Este papel tiene prioridad para él, no pudiendo desempeñarlo sin el sentimiento de ser alguien cuya misión es la de plantear públicamente cuestiones embarazosas, contrastar ortodoxia y dogma (más bien que producirlos), actuar como alguien al que ni los gobiernos ni otras instituciones pueden domesticar fácilmente, y cuya razón de ser consiste en representar a todas esas personas y cuestiones que por rutina quedan en el olvido o se mantienen en secreto. El intelectual actúa de esta manera partiendo de los siguientes principios universales: todos los seres humanos tienen derecho a esperar pautas razonables de conducta en lo que respecta a la libertad y la justicia por parte de los poderes o naciones del mundo; y las violaciones deliberadas o inadvertidas de tales pautas deben ser denunciadas y combatidas con valentía."

Independencia intelectual. En esto podríamos resumir el sentido de nuestra actitud y el espacio donde el ser independientes es como nos construye y como nos construimos desde un lugar que no ofrece seguridades y mucho menos recompensas al valor intelectual. Lo sabemos y por eso lo elegimos desde la libertad que da edificar un espacio a la medida de nuestras ideas de verdad y justicia, de la literatura y lo social, y sobre todo, de nuestra voluntad de continuar y acercarnos

CECI, EN LA NOCHE DEL MILENIO

Por Alejandra Laurencich

Salvo los rulos color zanahoria que le seguían enmarcando la cara, no quedaba nada de mi prima Ceci, la que yo recordaba: una púber con los pechitos casi en la garganta con la que habíamos compartido el cuarto del fondo en ese campo de Córdoba, más de veinte años atrás, los viajes en la chata hacia el monte, mientras los varones metían bulla en la caja con sus hondas y sus rifles de aire comprimido. En aquel verano de nuestra pubertad, ellos cazaban pájaros y nosotras hablábamos de músicos de rock. Ceci vivía en Buenos Aires, igual que yo. Pero en barrios distanciados. Y aunque al cabo de aquellos días de pegoteo y amistad intensa nos habíamos pasado los teléfonos y las direcciones, no volvimos a vernos hasta esta noche, en la que toda la familia reunida esperaba el cambio de milenio.

Había un cordero o chivito asándose lentamente y corrían los aperitivos o vermúts como le gusta decir a la gente de allá. Sobre la mesa de mayólicas unas tablas gigantescas de embutidos caseros, quesos y aceitunas. Yo estaba bastante entonada por el fernet como

para no despegar mis codos de la mesa mientras veía cómo uno de mis hijos acercaba peligrosamente su mejilla a un sapo que había encontrado y provocaba la admiración de varios chicos que lo acompañaban. Hacía calor y aún zumbaban algunos moscardones. Yo pensaba en cuántos de esos insectos pasarían al milenio siguiente, cuántos morirían esa misma noche. El jamón crudo era un manjar. Había pinchado otro mientras aún degustaba el anterior cuando Ceci se me sentó al lado. Traía una botella de Luigi Bosca que apoyó con algo de violencia entre nosotras. Sonrió y levantó su copa en señal de brindis. Chin-chin, le dije, porque me parecía de pésimo augurio acercar mi vaso manchado de espuma del fernet a esa copa reluciente donde se bamboleaba su vino.

-Tomamos de acá si querés- me dijo ella y entonces me acordé de que habíamos hecho eso alguna vez: tomar de la misma botella, una Cindor que nos habíamos comprado con nuestros pesitos, despreciando el cacao que preparaba Danila con esa leche recién ordeñada que

nos repugnaba y por la que hoy pagaría con gusto. Una risotada grosera vino del medio círculo de varones que rodeaban al asador. Nuestros maridos estaban entre ellos.

-No cambian- dijo ella. -Siempre con esos chistes de pelotudos. Mirá los gestos.

Miré los gestos. Unas manos varoniles dibujando enormes tetas en el aire.

La miré a Ceci. Tenía una mirada afebrada. Bebí de la copa que me ofrecía y luego de un rato -un largo rato- escuché el comienzo de lo que sería su confesión.

-La carne es floja, ¿no?

Miré alarmada hacia el chivito prometedor que crujía sobre las brasas:

-¿Te parece...?-pregunté y estuve a punto de agregar que no recordaba haber comido un mal asado en ese campo.

-Pensé que Javier y yo estábamos a salvo de esa huevada bíblica- Ceci me miró:

-Es bíblica ¿no es cierto?- No esperó a que le respondiera.

-Pensé que nunca nos íbamos a meter en algo así, pero las cosas pasan. Pasan. Siempre hay una primera vez. Con las drogas es igual. Decís que no hasta que una vez te agarran con la guardia baja.

Esto va en serio, me dije, e intenté reunir el caudal de mi atención que se dispersaba entre el jamón crudo, las aceitunas rellenas, los brazos de mi hijo a lo lejos, alzando dos sapos como si fueran pesas, y el perfume a jazmines y carne asada que competían por impregnar el aire del anochecer.

-Desde que nació Martina, más o menos, empezamos a tomar merca. Sí, más o menos. Mirá que yo fui siempre reacia al porro y todo eso.

-¿Sí?- le dije, mostrándome interesada

o sorprendida, vaya uno a saber. Ceci asintió.

-No me van esos mambos de alucinación y risa fácil. La coca es -hizo un gesto raro, como si tuviera un tic y corrigió- "Era". La coca era para mí, lo justo y necesario para pasar una noche divirtiéndome como todo el mundo, sin ganas de pedir una cama para echarme a dormir. Pero todo tiene un precio, viste. Fuimos perdiendo los laburos, el auto, las ganas de vivir, hasta las ganas de hacer el amor, de besarnos. En tres años no nos tocamos ni un pelo. Pero no sé por qué te cuento todo esto.

De la que nos salvamos, me dije, e intenté levantarme para ir a quitarles la diversión a los chicos, pero la mezcla de fernet y Luigi Bosca había hecho estragos en mi voluntad. Ella volvió a la carga:

-¿No será cana tu marido, no?

La empujé con el codo.

-No, pinta de rati no tiene- dedujo ella enseguida-. Bueno, la cosa es que después de mucha locura dijimos basta. Esto se acaba. Yo le dije: antes del dos mil quiero estar limpia. Todo este año estuvimos yendo a los grupos de ene-a y a análisis.

-¿Ene qué?

-A. Narcóticos anónimos.

-Ah.

Se tomó lo que quedaba en la copa y sirvió más. Me convidó. Yo tomé un traguito.

-Así que para nuestro aniversario de casados, fue la semana pasada, el 16, decidimos dar una gran fiesta en casa, para festejar que habíamos vuelto a vivir, entendés. A tener esperanzas. Y que seguíamos juntos y que podíamos contra

cualquier cosa, porque mirá que las pasamos negras.

-Me imagino.

-No, no te das una idea.

Los moscardones iban desapareciendo.

Una de nuestras tías nos trajo una fuente con berenjenas en escabeche. Casero, dijo y preguntó si estábamos bien. Yo le contesté que estábamos fenómeno. Ceci encendió un cigarrillo. Nuestra tía se fue.

-Decidimos hacer la fiesta en la terraza. Cada uno traía algo, eran más de cincuenta invitados. Yo le pedí a Javier que aclaráramos: la casa no se toca. Lo había conversado con mi analista, viste. Dos o tres sesiones estuve hablando de eso. Del miedo que me daba volver al descontrol. Que la gente anduviera por todos lados. Como antes, cuando tomábamos pala. ¿Sabés cuántas veces amanecíamos con cinco o seis desconocidos durmiendo en casa?.

Antes no le dábamos bola a esas cosas pero es importante, resguardar la intimidad. Los dormitorios, el living, nuestra casa. Para ir a la terraza no necesitábamos entrar allí. Es una de esas casas chorizo viste, las habitaciones se comunican entre sí y dan a un patio y del patio se sube directamente a la terraza. Y el baño de la casa tiene dos puertas, una hacia la casa, a los dormitorios bah, y la otra hacia el patio. Pusimos la traba a la puerta que da a la casa y listo. Intimidad resguardada. Bueno, para hacértela corta. La fiesta era un éxito, la noche preciosa. Había muchísima gente que yo no conocía, que eran amigos de amigos. Y amigos de otros amigos. Pero la gente no invadía la casa. Eso estaba bien claro. Yo sentía que empezaba una nueva etapa en nuestra pareja. Que podíamos ser gente adulta, normal. Tenemos más de treinta años

pero hasta este momento siempre me sentí una adolescente.

Ahora me sentía adulta, por primera vez. Una fiesta es una fiesta, el laburo es el laburo, la casa es la casa. Todo en su lugar, viste. Me sentía bien. A Javier se le echaban encima sus compañeras de grupo, y las de análisis –porque él hace terapia de grupo- y así, pero todo bien. Con onda amistosa. Bailaban, se divertían, a mí eso no me pone celosa. Serían como las dos cuando fui abajo para comerme un durazno y descansar un poco de tanta música. Mucho rock, viste. Me encanta, pero escuchado a toda potencia a veces me altera.

Ceci dio un trago mirando hacia el chivito. Yo aproveché a pinchar una aceituna con morrón.

-Están buenísimas estas- dije mordiendo la pulpa tierna. - ¿Querés una?

Ceci negó con la cabeza como si comer aceitunas fuera una tarea despreciable.

-Nos quedamos charlando en la cocina con una amiga que se estaba haciendo un té de yuyos porque estaba medio descompuesta. A Martina la habíamos dejado con nuestros suegros. Bueno, cuando estoy por ir otra vez hacia arriba escucho unos ruidos que vienen de la puerta del dormitorio, más allá del living. La puta madre, digo, hay alguien en la pieza, y me dio bronca tener que empezar a esa altura de la noche a hacerme la policía. Estuve a punto de ir a llamar a Javier, para que él me acompañara a enfrentar el momento, nos apoyábamos mucho a partir de los grupos. Me quedé frente a la puerta y volví a escuchar ruidos, como si alguien se apoyara ahí, viste. Mi amiga se me acercó:

qué pasa. Hay alguien, le dije. Y pensé: los límites claros, dijimos. De qué te sirve tanto análisis si no podés hacerte cargo de una situación. Coraje. Encaré yo. Pero apenas abrí la puerta un poco me la cerraron en la cara. Sólo alcancé a ver, pero una imagen muy fugaz, que no era un sola persona sino dos. Y que una de ellas era una de las pendejas que habían llegado a casa invitadas por vaya a saber quién. No tendrían más de veinte años y todos hablaban de lo bien que estaban las tetas de esas chicas. Como ahora, ¿los ves?- dijo señalando con el mentón al parrillero y sus secuaces.

Era cierto, Ceci parecía tener un radar para captar lo que estaba pasando en torno al chivito. Y a juzgar por los gestos parecía que los varones habían dejado la etapa de cazar gorriones con rifles de aire comprimido para pasar directamente a esta otra: la de hacer formas con las manos. Formas redondeadas, inconfundibles formas femeninas.

-Seguí- le dije a Ceci.

-Sí, mejor sigo- dijo ella y bebió un largo trago de vino-. Me habían cerrado la puerta en la cara entonces, y mi amiga ya estaba alarmada. Qué pasa, Ceci, me decía. La tranquilicé: Nada, dos boludos que vinieron a franelear acá. ¡Abran pendejos! grité, y empecé a tratar de abrir la puerta, ¡Vayan a curtir a otro lado! gritaba y me reía un poco, por esa actitud de cana. Alguien mantenía la puerta con el cuerpo. Yo me tenté. Al final entre mi amiga y yo, pudimos abrir. Del otro lado sólo estaba Javier, con cara de sorprendido. Y yo no caí, eh? Mirá si sería grosera la confianza que le tenía que le digo como una idiota: ¿No viste a los dos que estaban acá?

¿Qué dos? me dice. La pendeja, Javier, la pendeja tetona estaba franeleando con un tipo. No, acá no había nadie. Pero, sí, yo los vi, qué creés que estoy inventando. Tienen que haberse ido para el cuarto de Martina, dije y esquivé a mi marido para ir al cuarto de mi hija. Quedáte tranquila, vamos arriba, escuché que me decía y yo seguí adelante. En el cuarto de Martina estaba todo bien, ordenado, pero la puerta del baño estaba abierta, alguien había abierto la puerta desde el dormitorio. Fui hasta allá, rápido, entré al baño y también estaba abierta la puerta que daba al patio. En ese momento escuché la puerta de entrada a la casa. Uh, se fueron, pensé. Espero que no se hayan robado nada, dije. Qué pajarita, dios. Revisé los lugares donde guardábamos la guita, la máquina de fotos, esas cosas. Volví a la cocina. Mi amiga me miraba con cara rara. Fue esa cara la que me dio mala espina. Esa cara de y ahora qué vas a hacer. Un gesto de: pobre infeliz cómo te cagaron. Qué pasó, me dijo. Nada, se fueron, le contesté. Y todavía no relacionaba a Javier con nada. Pero empezó a resultarme chocante el hecho de haberlo visto allí abajo. Y el silencio de mi amiga. Y después, cuando subí a la terraza la mirada esquivaba de él. La fiesta seguía. Y yo empecé a armar el rompecabezas. Pero no podía creerlo. No podía. Hacía quince años que estábamos juntos y nunca, ni en los peores momentos, nos habíamos metido los cuernos. Pero a medida que unía las imágenes con las deducciones, se me hacía más claro que él tenía que haber estado ahí, en nuestro dormitorio, con una pendeja, en la fiesta con la que estábamos celebrando el comienzo de una nueva etapa, el fin de los años

oscuros. Él, violando la intimidad como ningún invitado había violado. Te juro que no me lo creía. Tenía que haber una explicación.

Al amanecer se fueron los últimos invitados. La terraza era un cenicero gigantesco. Había colillas por todos lados. Botellas vacías. Busqué una escoba y me puse a barrer. Javier desarmaba el equipo de música para llevarlo abajo porque parecía que iba a llover. Y yo seguía con la matraca. Que no, que no fue él, que no pudo haber sido. Pero me hice la astuta y le tendí una trampa. Lo daría por hecho, así me ahorra las vueltas. Me acerqué, lo miré a los ojos y le dije: por qué lo hiciste. Y mirá si sería tarada que estaba esperando su: que hice qué cosa.

Pero me dijo: No sé por qué. La verdad es que no sé.

Agarré a Ceci del brazo.

Ella me miró y sonrió, con una sonrisa triste.

-Eso sí que fue caer al vacío- dijo.

Me convidó lo último que quedaba en la botella de vino. Después miró a Javier y agregó:

-Lo que no entiendo es por qué a partir de ese día tengo ganas de cogérmelo todo el tiempo.

Bebí de la copa hasta el fondo. La última noche del milenio se estaba acabando. Será porque adoramos los rifles de aire comprimido quise decirle. Pero pensé que Ceci ya lo sabría.

Alejandra Laurencich nació en Buenos Aires en 1963. Es narradora y guionista. En el año 2002 publicó su primer libro de cuentos Coronadas de gloria premiado por el Fondo Nacional de las Artes. Laurencich recibió numerosas distinciones, entre ellas la otorgada a su novela Fin de milenio, finalista en el concurso Emecé del año 1994. También fue premiada por sus cuentos, El brasil de los sueños y La tormenta y la siesta. Sus relatos integran las antologías Una terraza propia, Nuevas narradoras argentinas, Cuentos en el aire y Primera antología del cuento breve. Actualmente da clases en Casa de Letras y dirige dos talleres literarios. Como guionista, trabajó para el director de cine Eduardo Calcagno en el film El salto de Christian y para el realizador Ricardo Preve, entre otros, además de llevar a cabo colaboraciones para distintas productoras de publicidad, cine y televisión. Su segundo libro de cuentos Historias de mujeres oscuras acaba de ser editado por Norma.

CONTEXTO:

LITERATURA Y LITERALISMO

por Edward Said

Uno de los más antiguos debates y disputas no resueltas en la historia de la cultura es el interrogante: ¿qué significa en realidad la literatura? En muchas tradiciones (y especialmente dentro del monoteísmo) la literatura y, más específicamente poetas y artistas, son vistos con desconfianza porque trabajan con aquello que parece ser una imagen de la realidad pero que no resulta estar vinculada a consideraciones ordinarias ni tampoco a conductas verdaderas o morales. En La República, la cual es un intento de Platón de construir un Estado ideal, los poetas son específicamente prohibidos al ser considerados peligrosos para el bien común; ellos se mueven por la inspiración, lo que recitan o expresan es extremadamente atractivo para su audiencia pero, Platón agrega, éstos no sienten que siempre sea necesario representar la verdad y el bien. Su primera preocupación es la belleza de la forma y la expresión, la cual al no ser la principal responsable del buen carácter y la conducta virtuosa, Platón la interpreta como una travesura indiscutible. No puede haber lugar para los poetas en una República donde el propósito más importante sea la educación y el mantenimiento de una ciudadanía respetuosa con la ley, verdaderamente inspirada y moralmente ilustrada.

Toda la literatura clásica y la crítica es, a partir de entonces, guiada por lo que el poeta romano, Horacio, consideró la Belleza y el Bien juntos, por lo cual la frase latina dulce et utile sirvió como fórmula durante siglos. Esto era en parte una forma de dar cuenta, por supuesto, de la influencia de Platón, pero la creencia de que la literatura debe ser bella así como moralmente útil estaba arraigada y consolidada por generaciones de poetas así como también por profesores

cuya visión de su rol siempre estipulaba

instrucciones morales en adición a la novedad y el placer. De acuerdo al gran poeta renacentista inglés y cortesano, Sir Philip Sydney, el poeta era un profeta, alguien cuyo gran poder de articulación y visión le brinda un entendimiento especial de lo que es el bien, la moral y el virtuosismo. Hasta la mitad del siglo XVIII, esta visión general de la poesía y moralidad prevalecieron largamente, a pesar de que varios talentosos artistas intentaron peligrosamente subvertir esta visión, y hasta intentaron eliminar el mensaje moral de la literatura.

Existe el caso de François Rabelais, el notable escritor francés del siglo XVI, cuyas grandes series de libros de Gargantúa y Pantagruel narran las desenfadadas aventuras de un par de gigantes con enormes y desaforados apetitos; el estilo del libro es como su sujeto, desaforado, extravagante, avasallante, y es esto, a pesar del manifiesto compromiso de Rabelais hacia el cristianismo, lo que ha provocado un trabajo problemático para las generaciones futuras de lectores.

Recientemente, un célebre crítico estadounidense manifestó cuán difícil le resultó, como defensor de los derechos de la mujer, leer las enormemente detalladas agresiones contra la mujer que describe Rabelais, aunque terminó concluyendo que, como literatura, el ataque tuvo que ser permitido. No existía la manera de que alguien censure o remueva esta agresión como una ofensa hacia la mujer o hacia los jóvenes lectores que pueden llegar a captar erróneas ideas de esto.

Hacia el final del siglo XVIII, un nuevo confesional y subjetivo elemento se movió lentamente en la esfera de la estética, un elemento que era justificado como la emanación producto no de la naturaleza en sí misma sino de los efectos de la

naturaleza en la imaginación. Desde Rousseau a Wordsworth, Séller, Coleridge, Novalis, Hugo, Chateaubriand, y muchos otros, el rol de la literatura era, en efecto, expresar lo que antiguamente no se había expresado desde la privacidad del corazón y la mente propia a una audiencia lista y deseosa de absorber un nuevo estilo que no conocía virtualmente ningún impedimento. El personaje de Goethe, Werther, tipificó los extremos emocionalmente intensos hacia donde una fuerte emoción puede llegar, desprovista de cualquier obligación de representar el mundo "objetivo" o la moral o virtud. En toda Europa los jóvenes leyeron acerca de Werther, sufrieron lo que él sufrió, y en algunos casos cometieron suicidio de la forma en la que él lo hizo.

Lo que importaba era la autenticidad de la expresión, la fidelidad a la creatividad de uno más que la virtud de la clase media o el sentido común; al menos desde hace 300 años esto ha sido generalmente cierto no sólo en la literatura, sino también en la música y en las artes figurativas. Ningún admirador de Beethoven, Picasso, Joyce y Ezra Pound pudo pretender disfrutar sus obras y al mismo tiempo quejarse de que éstas violaban cualquier tipo de canon de buena conducta así como presentaciones realistas. Se suponía que el arte debía ser diferente a la vida; tenía la intención de subvertir la realidad ordinaria; era creado para ser extremo, no "normal".

Todo esto es un resumen de una gran cantidad de asuntos complejos referidos a la literatura, o es más, a cualquier texto escrito, y de cómo son interpretados. Es importante, sin embargo, insistir en que todo texto (escrito) es en sí mismo interpretación, así como todas las lecturas de los textos lo son.

El lenguaje no es realidad; las palabras no son intercambiables con objetos. La ciencia de la lingüística nos enseña que, de esta forma, nos hemos percatado de que todos los objetos escritos requieren interpretación, esto es, la necesidad de descifrar el significado

de un texto para así lograr
aclarar la intención
del escritor.

Sin embargo, esta necesidad de descifrar los textos puede ser consensuada pero no absolutamente unánime debido a que la interpretación depende de la capacidad, las circunstancias y la perspectiva del intérprete. Los problemas comienzan cuando un intérprete acierta unilateralmente que, por ejemplo, una novela significa algo específico y sólo eso, o cuando el lector dice que las novelas deberían significar "x" o "y", y no "a", "b", o "c".

Muchos de los más relevantes debates culturales de los últimos años son acerca de estos temas, por lo tanto, no puedo pretender lidiar con todos ellos en este artículo ni mucho menos resolver todos los interrogantes. Todo lo que quiero demostrar es que la interpretación misma es y debe ser siempre, por el bien de la cultura y una decente coexistencia de los ciudadanos dentro de ella, algo polifacético e interminable que nunca puede ser resuelta de una vez y para siempre.

Esto es obviamente cierto si hablamos de textos sagrados. Si existiera una sola y simple lectura no existirían tantas escuelas, ortodoxias, corrientes y tendencias: todo estaría resuelto y todos interpretarían lo mismo, y allí acabaría todo. Parte de lo que sucede actualmente en el mundo del Islam, el judaísmo y el cristianismo es precisamente la batalla sobre las interpretaciones y el literalismo, por ejemplo el significado literal de un texto sagrado, que, para la desgracia del fundamentalismo, nunca puede estar confinado a un solo significado. La fuente de mayor controversia en Israel hoy en día es la lucha sobre la interpretación, y está dividiendo a dicha sociedad mientras que los judíos ortodoxos intentan imponer su voluntad en la larga mayoría secular diciendo que sólo existe una sola lectura de la ley ortodoxa y sólo ellos la poseen: el resto (liberales, conservadores, etc.) no son realmente judíos porque no aceptan esta visión. El mismo tipo de discusión está siendo disputada en EE.UU., y también en el mundo islámico.

En lo que respecta a
textos

literarios- novelas, poesía, y teatro- y cómo son enseñados en las escuelas y universidades, el interrogante de qué es lo "adecuado" para los jóvenes aflora inmediatamente. El literalismo en la interpretación de la literatura está simple y planamente fuera de lugar. De lo contrario, sólo existiría dogmatismo. Recuerdo cuando fui a Polonia por primera vez en 1972 y me dijeron unos colegas de la universidad que era muy difícil enseñar o escribir en forma crítica sobre Carlos Marx; el gobierno imponía una prohibición a cualquier alejamiento de la línea estricta comunista.

De esta manera, sólo estaba permitida una sola lectura de Marx y sólo él era considerado adecuado para la enseñanza de la filosofía. Platón, Aristóteles, Spinoza, Kant, Wittgenstein, Heidegger y Bertrand Russell eran considerados secundarios, y apenas tolerados.

Pero no puede existir una sociedad civilizada en donde la vida de la mente es regida dogmáticamente por leyes que establezcan qué está prohibido y qué no puede ser leído. Esto es especialmente urgente en el caso de las universidades donde es precisamente el rol (y la regla) del entrenamiento académico enseñar a los jóvenes que la mente tiene capacidades para la investigación, la crítica y el cuestionamiento, que sería un crimen sofocarla, condensarla o prohibirla. Esto no implica que la disciplina académica desatienda el entrenamiento de los jóvenes en el arte de la interpretación, en la discriminación de lo que se lee y la objetividad crítica: esto es esencial. Pero decir que determinados libros, ideas y autores no deben ser enseñados porque violan las definiciones arbitrarias de lo que es apropiado y conveniente, es violar la idea de la universidad como bien dijeron John Henry Newman, Taha Hussein y una gran cantidad de pensadores. Si se tienen en cuenta las reglas de un profesor o una autoridad en lo que concierne a qué es lo apropiado y conveniente y prescribe qué es lo que

no se debe leer, prohíbe o limita
el contacto con los
libros en la

clase o en la biblioteca, la pregunta debe ser: ¿quién va a controlar al controlador? ¿Quién tiene autoridad encima de él? ¿Quién regula quién es la persona más adecuada para decidir qué deben o no leer los jóvenes? Estas clases de preguntas nos trasladan a una regresión infinita porque no pueden ser resueltas de una vez y para siempre.

Más aun, en lo que concierne a la literatura en particular, y al arte en general, no debemos olvidar que el arte no es religión, que una novela no es filosofía y que la poesía no nos brinda modelos de buenas (o para el caso malas) conductas. A lo sumo, las artes son representaciones o, como dijo Aristóteles, imitaciones de la realidad, no la realidad en sí misma, y la forma en la que la realidad se introduce en la literatura, la música y la pintura es el sujeto de discusión, debate, controversia e investigación escolar y filosófica desde hace siglos. Este es el caso no sólo de la tradición europea sino de la tradición india, árabe, china y japonesa, además de otras. Decir que una novela es inmoral es sugerir que se supone que las novelas sean morales, lo cual es absurdo, ya que la única moralidad o buena conducta con la que se relaciona directamente la literatura es la buena o mala escritura. Tratar la ficción como si fuera un sermón religioso o moral es alejarse lo más lejos posible de la realidad de la literatura y más aún, en mi opinión, la forma más pura de la barbarie intelectual. Cualquiera que confunda la literatura con la realidad, tratándola de ese modo literalmente, tiene un visión severamente alterada de las cosas; recuerden que una de las primeras y más grandes novelas jamás escrita, "Don Quijote" de Cervantes, trata acerca de un hombre que comete precisamente ese error y, por ese motivo, es considerado loco.

El punto principal es educar a los estudiantes universitarios en las artes liberales en general y específicamente en la literatura, entrenarlos a leer no solamente libros piadosos acerca de la buena conducta, sino toda clase de libros,

particularmente aquellos que son moral e intelectualmente desafiantes. ¿Qué sería de la literatura si se viera sujeta a reglas formuladas por un comité de expertos que decidieran qué puede o no ser leído? Esto se parece más a la Inquisición Española que a una práctica curricular de una moderna institución de aprendizaje.

Menciono todo esto porque en EE.UU. y en el mundo árabe nos encontramos peligrosamente encerrados en una situación donde la presión política que emana de las autoridades religiosas fuera de la academia está empezando a usurpar nuestra tan costosa y ganada libertad de expresión y la libertad de los artistas de escribir y representar qué es lo más importante e interesante para ellos.

Desde hace años, un grupo de presión estadounidense intentó intimidar a escuelas y universidades para eliminar libros considerados "inmorales" en aquellos terrenos que no parezcan conformar el dogma religioso o que no son lo suficientemente anticomunistas. En el mundo árabe e islámico las prácticas como el baile y el canto son similarmente amenazadas, y consideradas inmorales, así como determinados libros y autores. La única respuesta a esto es no refugiarse en la cobardía sino sacar a la luz estos asuntos para generar un debate franco y valiente. Dejar que los oponentes de la libertad defiendan y planteen su caso abiertamente, y dejar que los defensores de la libertad planteen el suyo. Dejar que todo esto sea público. Pero presionar detrás de escena, amenazar, intimidar y sobre todo, por otro lado, censurar a la literatura y las artes a los terrenos puramente literales es un desastre.

Como árabes hemos pagado un precio muy alto por la ausencia de libertades

democráticas. Ser obligado a callar es ser obligado a renunciar aún más y a hacerlo cobarde e irracionalmente.

Dondequiera que haya libros e ideas prohibidas en terrenos morales fraudulentos, es el deber de todos los intelectuales, escritores y profesores defenderlos explícitamente sin miedo y en solidaridad. De lo contrario, no hay ninguna garantía de que libro o idea será prohibido luego, especialmente en instituciones de aprendizaje donde es extremadamente, es más, ridículamente sencillo decir que la prohibición de un libro está hecha para proteger a los jóvenes y enseñarles sólo libros "morales" que son buenos para ellos. Esto es un total absurdo, disfrazando autoritarismo y oscurantismo en la común creencia de ideas aceptables. Estas prácticas son lo opuesto a la moralidad y educación y deben ser inmediata y arbitrariamente reveladas como lo que son, autoritarismo y oscurantismo, ninguna de las cuales tiene lugar en la educación.

Edward Said (1937-2003), reconocido teórico literario, crítico político y activista palestino, se ha destacado por su ferviente defensa de los derechos humanos. Es autor de obras tales como "Orientalismo", "Cultura e imperialismo" y "Literatura y sociedad", entre otras. Se ha destacado también en la crítica musical y ha sido profesor de la Universidad de Columbia en Nueva York. Edward Said fue sin duda, uno de los críticos más influyentes del siglo XX y una de las voces más brillantes y coherentes con la causa palestina, forjando así su completo compromiso político en pos de conciliar el bien común, la justicia y la libertad, no sólo para su pueblo sino para cualquier otro en situación de opresión y desigualdad.

GOG Y MAGOG

* REIVINDICACIONES ESCUCHADAS Y OTRAS VERBAS:

"Me amigué con la lechuga" (escuchado a una madre de uno de los integrantes de la revista; no vamos a decir de quién, ni bajo qué circunstancias)
"Según escuché en un informe científico de la tele en los últimos meses, el huevo, ya sea frito, poché, pasado por agua o bien, simplemente, duro, es bueno!!! Antes, le habían hecho mala prensa." (dicho por la madre anterior, lo cual ya es reincidencia)

* PEQUEÑO APÉNDICE DEL USO DE LOS VERBOS EN EL HABLA COTIDIANA:

Rotondear: Acto de rodear la rotonda con el auto, encontrar el camino deseado y no caer de nuevo en el mismo lugar (¿?). Los integrantes de La Gallina lo incorporamos para sortear las diagonales de La Plata en donde entre otras cosas también se puede: A) encontrar la revista!!! y B) tener el 90 % de posibilidades de ser atropellado o sufrir un accidente de tránsito en cualquier calle o semáforo (se incluye feriados).

Asquerosear: (Utilizado reiteradas veces por una adolescente en la parada del bondi para explicarle a un amigo que la chica en cuestión se hacía la interesante o no le daba ni la hora. También escuchado sin querer) Creemos que será algo así como.... Acto de desprecio hacia otro. Sinónimo aproximado: ningunear.

* LIE TO ME, I LIKE IT

Lo intentamos, realmente lo intentamos y pusimos a prueba nuestra capacidad de resistencia, pero era imposible no sucumbir a su lectura, no abrir la revista Buenos Aires Tango y dirigirnos casi "azarosamente" a la sección "Mentíme que me gusta", y anotar las frases lindas que los hombres le dicen a las mujeres en la milonga. Porque la verdad sea dicha, nos estaba faltando el chamuyo arrabalero, y otearlo en esta revista (y encima traducido al inglés, nótese qué delicadeza) lo hace a uno sentirse en plena armonía con el universo, envalentonado como para en una quebrada agarrarla del brazo a la pebeta de turno y decirle al oído sutilezas como estas que ya hacen roncha en las pistas del dos por cuatro:

"Cuando te veo pasar bailando
mis fantasías llegan al máximo"

"When I see you pass dancing,
my fantasies reach the highest point"

La "sinceridad por sobre todo" podría llamarse el lema. Recomendado para situaciones de extrema confianza y cuando ya el horizonte soñado de la catrera se ve asomar con fuerza y vigor inminente.

"Sos linda!!! Y no es de ahora"

"You are pretty!!! And it is not
from now on"

Elogio tibio pero elegante, con un dejo de "te lo digo a ver qué pasa" de las buenas cosechas de tímidos pero no tanto. Especial para ir tanteando el asunto y no comprometerse con una jugada violenta como la anterior.

"Si tuviera que elegir una novia,
la elegiría igualita a vos"

"If I had to choose a girlfriend, I would
choose someone just like you"

El predilecto de los veteranos y de los románticos. Fino, delicado, y con el sabor de aquellos que saben que antes de la acción vienen la miel y las caricias. Se debe decir cercano al oído de la homenajeadá y con una sonrisa risueña y en lo posible entornando los ojos, pero no demasiado, cuestión que la aludida no crea que usted se la está imaginando en la primera noche de luna de miel engalanada de Eva y lo crea un perverso sin querer pasar por el registro, el arroz y las alianzas.

"Sos muy apetecible"

"You are very appealing"

Sólo apto para aquellos que sepan cómo seguir el curso de la conversación o lo que siga al crucial momento de proferir la frase. Opcional a depender de la cara que manifieste la danzarina: se exhorta a no seguir bailando a riesgo de quedar como un idiota, o un cobarde. Su tono confesional lo transforma en una bisagra para expertos del flirteo. Se recomienda su uso únicamente bajo su propio riesgo.

"Hay mujeres que sólo bailan el
tango con el cuerpo. Vos lo
hacés también con el alma"

"Some women only dance tango
with their bodies. You also do it
with your soul"

Usualmente evitable, deja traslucir bajo su afán lisonjero cierta voluntad de impresionar con la retórica. Precaución: puede llegar a no entenderse. O a mal interpretarse, y que ella piense que usted le dice eso porque no tiene buen físico y sólo con el alma puede bailar el tango, sin contar que en el peor de los casos la naifa se aburra, lo tome por un intelectual intrascendente y lo deje piantado en la pista y se busque a otro, digamos, menos metafórico. En algunos casos funciona con egos serruchados hasta el piso. Pero sólo en el doce por ciento de los casos.

"Me va a explotar el corazón.
Dejemos pasar una tanda sin
bailar hasta que me normalice."

"My heart is going to blow up.
Let 's not dance for a tanda until
I get to normal."

Creemos que no es ningún piropo y que quien lo escuchó se confundió un pedido de auxilio de un señor de avanzada edad con evidentes problemas cardíacos. Chicas, por favor a aguzar el oído, no siempre el mundo masculino gira en torno a sus pies. Ya lo dice mi tía Rosa con su habitual poder de realidad y síntesis: "Las parejas se hacen de a dos"... y más en una pista de baile.

"Esa pollerita tiene un tajo... y
vos unas piernas"

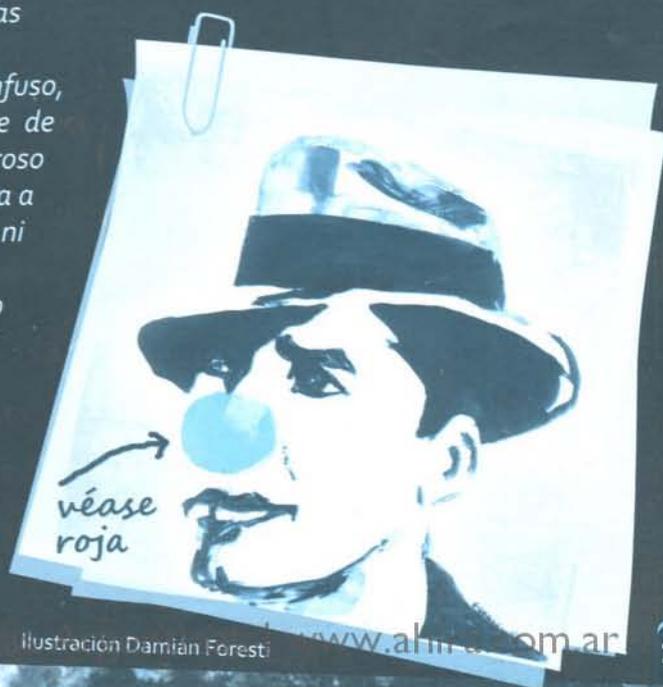
"That little skirt has a cut...and
You have such legs"

Duro, brutal, ordinario, semióticamente desmedido, al límite de la cachetada o de la sonrisa de sorpresa de la compañera que piensa para sus adentros que te agarro en off side y con la defensa volviendo con un jugador menos. Préstese especial atención al campo semántico referente al tajo de la pollera y las piernas, a la figura retórica que refiere por contigüidad y elipsis a la parte pudenda de la anatomía femenina. Sin contar que con la pausa es el acabóse del mandado al que ya no le importa nada perder la vergüenza y esperar a ver si en una de esas funciona. Se debe acompañar mordiéndose levemente el labio a fin de enfatizar aún más las ganas y preparar el garrote en el caso de que la fémina se resista a sucumbir a sus encantos y futuros escarceos amorosos. Si se quiere se puede agregar un "guachita" al final de la frase con lo cual la lisonja quedaría así: "Esa pollerita tiene un tajo... y vos unas piernas, guachita". ¿Se entiende? Y listo. La noche es suya así que prepárese y pase por ventanilla a cobrar. Contraindicaciones: puede fallar y que con una patada baja se le arruine el día del padre para siempre. Mucho cuidado. Especial para aventureros y cancheros del levante. Indecisos o medrosos abstenerse.

Y para aquellos insaciables que no temen empacharse del saber amoroso y desean ser la estrella rutilante de las reuniones sociales, despedidas de solteros y/o reuniones de amigos, aquí le suministramos algunos bocadillos más de nuestra cosecha, cuestión nomás que después ya sólo es cuestión de hacerle una cabeceada y enfiar para el bulo y/o albergue más cercano:

"Por Trolío!!! Usted es una Ninjinsky de la milonga... sin contar que tiene unas pantorrillas de lo más francesas..."

Grácil y simpática, descuella por su hermetismo ya que esconde el oculto objeto del deseo bajo el superficial comentario de la destreza de la compañera para derivar, como quien no quiere la cosa, en la belleza y distinción del espíritu de la nacionalidad francesa y de ahí sacar factor común con la beldad de las pantorrillas. Acaso puede que su entendimiento llegue a resultar confuso, pero funciona por inhibición: su aire de refinamiento infunde el más pavoroso terror a la festejada que por vergüenza a quedar como una ignorante no le dirá ni "mu" y sonreirá a cualquiera de sus futuras ocurrencias. Consejo: Decirlo con los ojos lo más abiertos posible y separándose, durante la emisión de la frase, veinte centímetros, no más, del cuerpo de la niña.



EL RESCATE ENSAYO: "EL ESFUERZO"

Por Rafael Barrett

La vida es un arma. ¿Dónde herir, sobre qué obstáculo crisar nuestros músculos, de qué cumbre colgar nuestros deseos? ¿Será mejor gastarnos de un golpe y morir la muerte ardiente de la bala aplastada contra el muro o envejecer en el camino sin término y sobrevivir a la esperanza? Las fuerzas que el destino olvidó un instante en nuestras manos son fuerzas de tempestad. Para el que tiene los ojos abiertos y el oído en guardia, para el que se ha incorporado una vez sobre la carne, la realidad es angustia. Gemidos de agonía y clamores de triunfo nos llaman en la noche. Nuestras pasiones, como una jauría impaciente, olfatean el peligro y la gloria. Nos adivinamos dueños de lo imposible y nuestro espíritu ávido se desgarrar. Poner pie en la playa virgen, agitar lo maravilloso que duerme, sentir el soplo de lo desconocido, el estremecimiento de una forma nueva: he aquí lo necesario. Más vale lo horrible que lo viejo. Más vale deformar que repetir. Antes destruir que copiar. Vengan los monstruos si son jóvenes. El mal es lo que vamos dejando a nuestras espaldas. La belleza es el misterio que nace. Y ese hecho sublime, el advenimiento de lo que jamás existió, debe verificarse en las profundidades de nuestro ser. Dioses de un minuto, qué nos importan los martirios de la jornada, qué importa el desenlace negro si

podemos contestar a la naturaleza: -¡No me creaste en vano!

Es preciso que el hombre se mire y se diga: -Soy una herramienta. Traigamos a nuestra alma el sentimiento familiar del trabajo silencioso, y admiremos en ella la hermosura del mundo. Somos un medio, sí, pero el fin es grande. Somos chispas fugitivas de una prodigiosa hoguera. La majestad del Universo brilla sobre nosotros, y vuelve sagrado nuestro esfuerzo humilde. Por poco que seamos, lo seremos todo si nos entregamos por entero. Hemos salido de las sombras para abrasarnos en la llama; hemos aparecido para distribuir nuestra sustancia y ennoblecer las cosas. Nuestra misión es sembrar los pedazos de nuestro cuerpo y de nuestra inteligencia; abrir nuestras entrañas para que nuestro genio y nuestra sangre circulen por la tierra. Existimos en cuanto nos damos; negarnos es desvanecernos ignominiosamente. Somos una promesa; el vehículo de intenciones insondables. Vivimos por nuestros frutos; el único crimen es la esterilidad.

Nuestro esfuerzo se enlaza a los innumerables esfuerzos del espacio y del tiempo, y se identifica con el esfuerzo universal. Nuestro grito resuena por los ámbitos sin límite. Al movernos hacemos temblar a los astros. Ni un átomo, ni una idea

se pierde en la eternidad. Somos hermanos de las piedras de nuestra choza, de los árboles sensibles y de los insectos veloces. Somos hermanos hasta de los imbéciles y de los criminales, ensayos sin éxito, hijos fracasados de la madre común. Somos hermanos hasta de la fatalidad que nos aplasta. Al luchar y al vencer colaboramos en la obra enorme, y también colaboramos al ser vencidos. El dolor y el aniquilamiento son también útiles. Bajo la guerra interminable y feroz canta una inmensa armonía.

Lentamente se prolongan nuestros nervios, uniéndonos a lo ignoto. Lentamente nuestra razón extiende sus leyes a regiones remotas. Lentamente la ciencia integra los fenómenos en una unidad superior, cuya intuición es esencialmente religiosa, porque no es la religión la que la ciencia destruye, sino las religiones.

Extraños pensamientos cruzan las mentes. Sobre la humanidad se cierne un sueño confuso y grandioso. El horizonte está cargado de tinieblas, y en nuestro corazón sonrío la aurora.

No comprendemos todavía. Solamente nos es concedido amar. Empujados por voluntades supremas que en nosotros se levantan, caemos hacia el enigma sin fondo. Escuchamos la voz sin palabras que sube en nuestra conciencia, y a tientas trabajamos y combatimos. Nuestro heroísmo está hecho de nuestra ignorancia. Estamos en marcha, no sabemos adónde, y no queremos detenernos. El trágico aliento de lo irreparable acaricia nuestras sienes sudorosas.

Rafael Barrett nació en Torrelavega (España) el 17 de enero de 1876. A los 26 años su carácter de retador y duelista le valió la descalificación de un tribunal español y viajó a América. Llegó a Buenos Aires, donde publicó sus primeros artículos en revistas como Ideas y Caras y Caretas. Luego viajó a Paraguay como corresponsal del diario El Tiempo. Comprometido con la denuncia de las injusticias sociales se unió al anarquismo. En Asunción fundó la revista Germinal, órgano de expresión gremial.

Fue desterrado, primero al Matto Grosso y después a Montevideo.

En 7 años produjo toda su obra. Es autor de textos como La huelga (1908), Lo que son los yerbales paraguayos (1910) y El terror argentino (1910), entre muchos otros. Sus escritos, ensayos y conferencias están compilados en tres tomos que reúnen sus Obras completas, editados por el Centro Editor de América Latina (CEAL). Murió en Arcachon con 34 años, el 17 de diciembre de 1910.

CUENTO:

"UNA GOTTA"

por Dino Buzzati

Una gota de agua sube por los peldaños de la escalera. ¿La oyes? Tendido en mi cama, en la oscuridad, escucho su secreto viaje. ¿Cómo hace? ¿Salta? Tic, tic, se oye con intermitencias. Después la gota se detiene, y suele no dar señales de vida por todo el resto de la noche. Sin embargo, sube. De escalón en escalón va subiendo, a diferencia de las otras gotas que caen perpendicularmente, obediendo la ley de gravedad, y al final hacen un pequeño chasquido, muy conocido en todo el mundo. Ésta no: poco a poco va subiendo la espiral de la escalera letra E del vastísimo inquilinato.

No hemos sido nosotros, adultos, refinados, sensibilísimos, quienes la hemos descubierto. Ha sido una mucamita del primer piso, pálida, pequeña criatura ignorante. Lo advirtió una noche, muy tarde, cuando todos se habían ido ya a dormir. Al cabo de un rato no pudo contenerse, dejó la cama y corrió a despertar a la patrona.

— ¡Señora —susurró—, señora!

— ¿Qué pasa? —dijo la patrona despertándose

—. ¿Qué sucede?

— Hay una gota, señora, una gota que viene subiendo las escaleras.

— ¿Qué? — preguntó aturdida la otra.

— ¡Una gota que sube los peldaños! — repitió la mucamita, y casi se puso a llorar.

— Anda, anda — maldijo la patrona —, ¿estás loca? Vuelve a la cama, ¡vuelve a tu cama, march! Has bebido, ésa es la cuestión, desvergonzada. ¡Hace rato que siempre falta vino a la mañana en la botella! Cretina asquerosa, si crees...

Pero la muchachita había huido, ya estaba agazapada bajo las mantas.

"Vaya a saber que se le habrá ocurrido a esta estúpida", pensaba luego la patrona, en silencio, habiendo ya perdido el sueño. Y escuchando involuntariamente la noche que

dominaba al mundo, también ella oyó el extraño sonido. Una gota subía las escaleras, positivamente.

Celosa del orden, por un instante la señora pensó en salir a ver. Pero ¿qué habría podido encontrar a la miserable luz de las lamparitas ennegrecidas que colgaban de la baranda? ¿Cómo hallar una gota en plena noche, con ese frío, en los peldaños tenebrosos?

En los días siguientes, el rumor se esparció lentamente de familia en familia y ahora ya lo saben todos en la casa, aun cuando prefieren no hablar, como si fuera una necedad de la cual avergonzarse. Ahora, muchos oídos permanecen tensos, en la oscuridad, cuando cae la noche para oprimir al género humano. Y hay quien piensa en una cosa, hay quien piensa en otra.

Algunas noches, la gota calla. Otras veces, en cambio, por muchas horas no hace más que desplazarse, arriba, arriba, se diría que nunca va a detenerse. Laten fuerte los corazones cuando el suave paso parece tocar el umbral. Menos mal, no se detuvo. Oigan, que se aleja, tic, tic, encaminándose hacia el piso de arriba.

Sé sin lugar a dudas que los inquilinos del entresuelo creen estar ya al resguardo. La gota —creen ellos— ya pasó delante de sus puertas y no tendrá ocasión de molestarlos; otros, por ejemplo yo que

estoy en el sexto piso, tienen ahora motivo de inquietud, ellos ya no. Pero ¿quién les dice que en las próximas noches la gota reemprenderá el viaje desde el punto a donde había llegado, o en cambio no recomenzará desde el principio su camino, iniciando el trayecto desde los primeros peldaños, húmedos siempre, ennegrecidos por la basura acumulada? No, ni siquiera ellos pueden considerarse seguros.

A la mañana, saliendo de casa, se mira con atención la escalera por si quedó algún rastro. Como era previsible, nada, ni la más pequeña señal.

A la mañana, por otra parte, ¿quién sigue tomando en serio esta historia? Al sol de la mañana el hombre es fuerte, es un león, aunque pocas horas antes se acobardara.

¿O acaso los del entrepiso tendrán razón? Nosotros, que al principio no oíamos nada y que nos considerábamos inmunes, desde hace algunas noches también oímos algo. La gota está todavía lejos, es verdad. Hasta nosotros sólo llega un repiqueteo levísimo, eco triste a través de los muros. Sin embargo, es señal de que está subiendo y de que se aproxima cada vez más.

Ni siquiera sirve dormir en una pieza interna, alejada de la espiral de la escalera. Más vale oír ese ruido, antes que pasar las noches en la duda de si está o no. Quien habita en esas habitaciones recónditas a veces no logra resistir, se desliza en silencio por los corredores y se queda inmóvil en la antecámara, detrás de la puerta, con la respiración contenida, escuchando. Si la oye, ya no se atreve a alejarse, esclavo de indescifrables miedos.

Mucho peor es cuando todo está tranquilo: en este caso ¿cómo excluir que, apenas vuelto a acostarse, justamente

entonces, comience el ruido?

Qué extraña vida, pues. Y no poder reclamar, intentar soluciones ni encontrar una explicación que levante los ánimos. Y no poder ni siquiera persuadir a los otros, los de las otras casas, que no lo saben. Pero ¿qué puede ser esta gota —preguntan con exasperante buena fe—; acaso un ratón? ¿Un sapito salido de los sótanos? No, por cierto. Y entonces —insisten— ¿será acaso una alegoría? ¿Se pretende, digamos, simbolizar la muerte? ¿O algún peligro? ¿O el paso de los años? Nada, señores, nada: es simplemente una gota, sólo que sube las escaleras. O más sutilmente ¿se pretende representar los sueños y las quimeras? ¿Las tierras imaginadas y lejanas donde se presume que está la felicidad? ¿Algo poético, en suma? No, en absoluto.

¿O bien lugares más lejanos aún, en el confín del mundo, a los cuales nunca llegaremos? Pero no, les digo, no es una broma, no hay doble sentido, se trata ¡ay! precisamente de una gota de agua que, según se puede presumir, de noche sube las escaleras. Tic tic, misteriosamente, de peldaño en peldaño. Y por eso se tiene miedo.

Dino Buzzati Traverso nació en Belluno, Italia en 1906. Aunque se recibió de abogado, nunca ejerció: se dedicó al periodismo, a la literatura, a la pintura y a la música. Fue cronista, redactor y corresponsal de guerra para el diario "Corriere della Sera". Su actividad literaria comenzó con el libro "Barnabó de las montañas" (1933). En los años '40 publicó "El desierto de los tártaros", una novela considerada como la obra maestra de Buzzati. Otros de sus trabajos fueron: "El secreto del bosque viejo" (1935), "Los siete mensajeros" (1942), "La famosa invasión de Sicilia por los osos" (1945), "Sesenta relatos" (1958), "El gran retrato" (1960), "Un amor" (1963) y "Poema en viñetas" (1969). El cuento breve "Una gota" ocupa un lugar destacado que en la literatura fantástica, y forma parte del libro: "Miedo en la Scala y otros relatos".

V.

el beso frío del mar en los pies el olor del fuego que se deshizo
 contra mi cara cuando callabas y yo repetía que la selva crece en su
 ahogo de lianas la selva la selva crece entre vidrios que estallan aunque el paisaje
 amarillo del horizonte cierre los gritos y crece también en los silencios que hay en los
 bordes de la calma crece crece la selva yo repetía y de a poco me iba ahogando sin apuro
 sin temblor sin resistencia llegaba el beso frío del mar a mis pies el olor del fuego

III.

antes de la sonata n° 26 en mi bemol
 antes de la intromisión del frío por la ventana
 antes del olor a cremas y a naranjas destrozadas
 antes de los libros/los ojos/los oídos
 lascuatroparedes/lasentrañas
 antes de las 19:13 hs. del 10 de noviembre de 1991
 antes del recuerdo de una frase
 antes de las hojas y las máquinas de escribir
 antes de los efectos personales
 antes del silencio-los-dedos-el-pan-de-salvado-
 el-cuchillo-la-trituración
 antes de la idea que vuelve del cielo a la vista
 antes de evocar la belleza apreciada sin sorpresa
 sin ligero sobresalto al pasar en un extraño
 antes del daño creciente
 del sueño de Hamlet del final de la sonata
 antes del presentimiento de las últimas palabras
 antes de la urgencia desesperanzada de
 avanzar hacia atrás

Adriana Billone nació en Buenos Aires el 28 de agosto de 1966. Es Licenciada en Psicología (UBA), Profesora de Educación Musical (Conservatorio Gral. San Martín) y Profesora Universitaria en Artes -especialidad Música- (IUNA). Actualmente, se desempeña como docente de nivel medio. Ha recibido algunas distinciones a nivel Municipal que motivaron se publicase una parte de su obra que incluye poesía, cuento y novela.

Labios entumecidos, sumergidos en el frío del día.
 Reconfortados en la cálida noche.
 Quizás, la pasividad del día
 sea la vida.
 Quizás mi vida
 sea un recuerdo
 de insólitos hábitos
 y conquistas perdidas.

Mi vida, el hermoso roce con la muerte.
 La emigración de mi propia vida,
 * violando mi conciencia,
 gestando súbitos nacimientos
 que se tornan encías sangrantes
 y acaban siendo sonrisa.

María José Sánchez Lesta nació en Buenos Aires en 1986.

Actualmente está cursando la carrera de Ciencia Política en la Universidad de Buenos Aires.

Platón

Platón duerme la siesta. -
Sueña con un mundo ideal donde el amor es posible.
Y no es en esta orilla
Y no es en esta almohada donde
descansan las ideas.
Sueña el instante en que sus pies acaricien el infinito.
Sus ojos se hundan en la verdad.
Para siempre
Sueña con poder vivir en ese mundo sublime
(sin saber que va a ser eterno y va a vivir en él)
Ronca
Piensa en los hombres y en la polis.
Los muchachitos y los banquetes.
Sócrates y Diotima.
Los dioses humanos.
Eros.
La República.
Platón se despierta y escribe.
No duda.
En ese acto comienza su viaje hacia la inmortalidad.

Camila Goldman nació en Buenos Aires en 1987. Es estudiante de Filosofía en la UBA. Desde el año 2003 al 2005 participó del taller de poesía "Papemor", coordinado por Martha Goldin y actualmente asiste al taller literario de Pablo Ramos.

La noche

Una copa de vino por la mitad
El borde roto del viejo disco de vinilo
La carta nunca abierta en el último cajón
El frasco que ya contiene nada
Un libro y una viola
Tu cara
Mi cara
Dos caminos
La muerte.

A noite

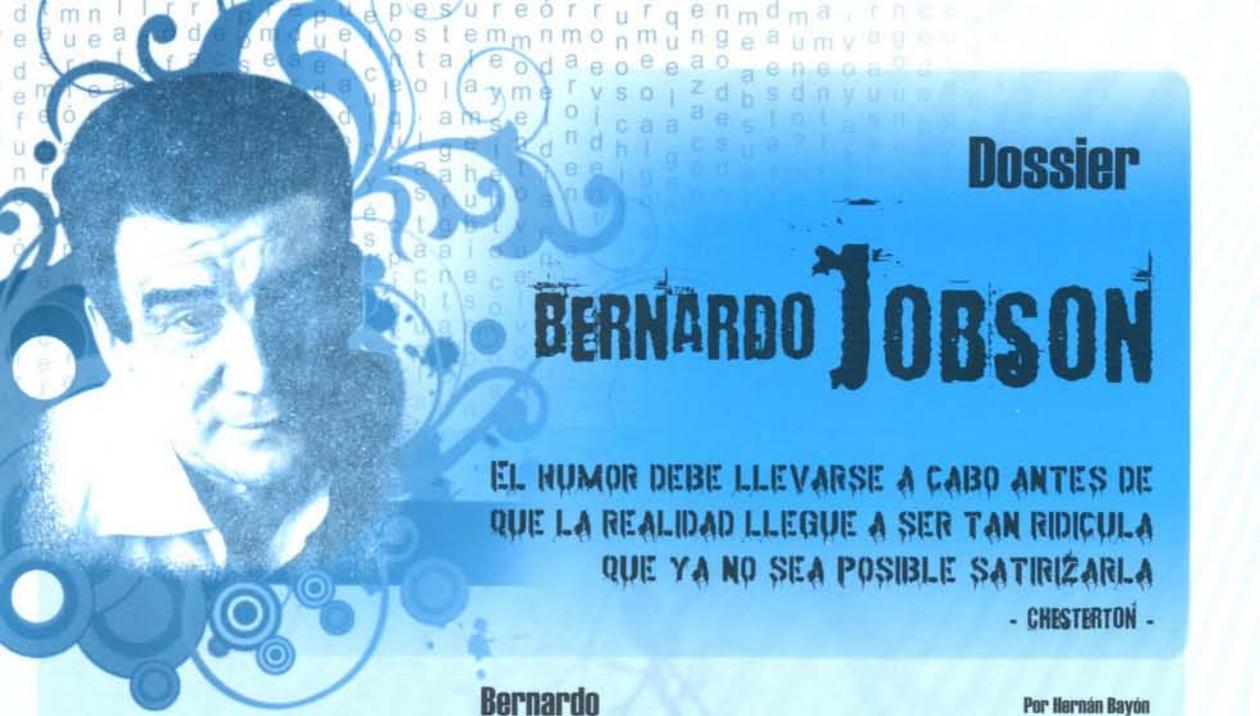
Uma taça de vinho pela metade
A beira quebrada do velho disco de vinil
A carta nunca aberta na última gaveta
O frasco que já contém nada
Um livro e uma viola
Tua cara
Minha cara
Dois caminhos
A morte.

Jorlane Reis, nació el 15 de julio del 78 en Salvador, Bahía, Brasil.

Es poeta y actriz.

Estudió Letras en la Universidad Federal de Salvador y en la Universidad de Buenos Aires, ciudad en la cual vive desde hace más de ocho años.

Actualmente corrige un libro del cual estos poemas forman parte; y proyecta para el 2008 inaugurar un teatro en Salvador de Bahía



Dossier

BERNARDO JOBSON

EL HUMOR DEBE LLEVARSE A CABO ANTES DE QUE LA REALIDAD LLEGUE A SER TAN RIDÍCULA QUE YA NO SEA POSIBLE SATIRIZARLA

- CHESTERTON -

Bernardo

Por Hernán Bayón

En un escritor, en un libro, más allá de las palabras, de la escritura y de la literatura misma, hay un territorio donde se encuentran y se relacionan dos mundos fuera del orden de la realidad inmediata. Un espacio y un tiempo diferentes donde la lectura desplaza los límites de lo real y crea su propio universo constelado de signos y sueños, de historias y recuerdos que entrelazados conforman casi imperceptiblemente una red que construye su ficción, su razón de ser en la expresión única e irrepetible de su voz, de su verdad poética. En este territorio, que no es otro que el de la sensibilidad de un creador, es donde pocas veces siento una absoluta fascinación con el mundo narrativo de un autor. En mi caso, esa fascinación siempre me llevó a la obsesión, a la necesidad voraz de conseguir y leer todos los libros de un autor, aún hasta sus textos inéditos o perdidos. Así me pasé años buscando un libro, un manuscrito o simplemente un recorte de diario en librerías de viejo, bibliotecas, y un centenar de hemerotecas y mercados de reventa. Ciertamente, cualquiera podría pensar que una obsesión así es enfermiza. Y quizás no

estuviese desacertado. Pero nadie que no lo haya vivido o padecido lo podrá entender. La pasión de un lector no se explica, sólo se vislumbra desde una línea invisible de concentración que como un destello se enciende en los ojos y termina en la hoja escrita. Mi obsesión por Bernardo Jobson, entonces, comenzó como búsqueda (luego de una referencia de Bernardo en el libro "Ser escritor" de Abelardo Castillo) y continuó como pasión por su literatura, por esa manera tan particular de escribir y de inscribirse en el mundo. Todavía recuerdo cuando por primera vez encontré en el parque Centenario su libro en un puesto de usados. En la tapa se leía el título: "El fideo más largo del mundo", y abajo: una imagen con cara payasesca de un tenedor clavado en un plato de fideos. Casi con desesperación lo saqué de la batea y lo compré. De esa tarde, también recuerdo que lo empecé en el colectivo y lo terminé esa misma noche; al llegar al final del último cuento, me dolía el estómago de tanto reírme. Ya su voz me había atrapado. Desde ese día tengo la impresión de que Jobson fue el escritor argentino con el más increíble





sentido del humor que yo haya leído. Y además, sentí, como si de una revelación se tratase, que en ese escritor genial se había revelado para mí un contacto íntimo y profundo, un universo que compartíamos desde el humor y la certeza de saber que en la realidad cotidiana siempre se puede descubrir el absurdo como remedio para poder soportar la eterna estupidez del mundo. En sus cuentos conviven las situaciones más terribles, junto a la ironía de la que se sirve a la hora de enfrentar el drama de la condición humana. Leerlo fue un descubrimiento, y releerlo siempre es volver al asombro que significó encontrar en esa voz algo que se emparenta con lo inexplicable, y que es el hecho de hallar en él, en sus páginas, a un amigo. Según cuentan los que lo conocieron, Bernardo era un personaje muy particular, y eso en su universo narrativo se nota. Porteño, tenía un talento inusual para registrar el modo del habla coloquial; igualmente su humor, que con un manejo genial del lunfardo, en muchas páginas alcanza niveles de comicidad rabelesianos, donde lo grotesco se vuelve cotidiano bajo el velo de la costumbre. Más allá de su escritura, como

ciertos personajes singulares, de cierta forma concitaba a la magia: porque según cuentan sus amigos, una y otra vez le pasaban las cosas más absurdas e increíbles. Así era Bernardo Jobson y así escribía, desde ciertos márgenes y con un extremo respeto por la palabra y el extrañamiento ante un mundo que en la prosa busca contener sus límites más inverosímiles. Fue un gran escritor, y para demostrarlo le alcanzó con sólo publicar un libro. Me hubiera gustado conocerlo, pero lamentablemente, por esas cuestiones del azar o el destino, no nos conocimos. De todos modos algunas compensaciones quedan, y a veces me gusta pensar, imaginar, que cuando escribo tengo cerca del hombro su presencia, y que de alguna u otra manera la literatura es una simple excusa para seguir en su compañía, conversando y disfrutando de sus historias y de su humor que una y otra vez vuelven a acercarme a ese acento de muchacho de barrio, a esa voz de esquina de Buenos Aires, a ese niño que ya siendo hombre, no se olvidó de la ternura.

Bernardo Jobson, otra vez entre nosotros

Ricardo Maneiro

Hernán Bayón me pidió que escribiera esta nota; para calentar el motor, para preparar el alma, volví a leer El fideo más largo del mundo y de nuevo sentí el mismo placer que hace treinta y tantos años y el espejismo de que ese mismo día o al siguiente lo podía charlar con Bernardo. Poco o nada podría agregar a lo que Hernán ha encontrado, parte de ese trabajo se encuentra publicado aquí, junto a esta nota. Si estoy en condiciones de dar testimonio de mi amistad con Bernardo, acercar algunas cuestiones que lo pintan de cuerpo entero. Lo conocí en el Tortoni en las reuniones de los viernes de El escarabajo de oro, de la formidable revista de los años sesenta y setenta. Uno llegaba y muy rara vez alguien te presentaba y uno casi siempre se iba haciendo amigo de los que viernes a viernes concurrían; no siempre desde luego, algunas veces caía Jorge Asís, son cosas que ocurren; son riesgos que se deben correr, es parte de la vida.

No me acuerdo del día exacto que lo conocí a Bernardo, sí me acuerdo de una noche cuando hacía muy poco que lo había visto por primera vez, una noche que hacía mucho frío

y que íbamos del Tortoni hacia Corrientes; íbamos caminando por Carlos Pellegrini hacia Corrientes, hacia Arturito. Íbamos sí, pero la intención de mi mujer y la mía no era entrar al restaurante.

—¿Por qué, no quieren comer? —dijo Bernardo.

—Nadie dijo que no queramos comer; sólo dije que no vamos a comer.

—¿Qué razón hay, entonces?

—No tenemos plata.

—Vengan lo mismo.

Mi mujer, Graciela, no quería ocasionar demasiados gastos y después de mirar atentamente la carta, dijo:

—Para mí, recargo mayonesa.

—Y puchero para dos —dijo Bernardo, mientras se reía—; lo compartiremos los tres y vamos a usar la mayonesa de la señora.

Comimos puchero, seguramente alguien más de la mesa lo debe haber probado, y si nos hubiéramos empeñado en terminarlo todavía hoy estaríamos allí, comiendo y bebiendo, porque estábamos felices y los cuarenta y tantos años hubieran pasado en un santiamén y en consecuencia Bernardo no se hubiera muerto el 18 de mayo de 1987; ese horrible día de la escarpela, hace veintiún años. Pero uno no tiene la suficiente disciplina, se termina muriendo como un infeliz.

Si alguien no tiene noticias de quién era Bernardo puede confundirse y creer que frecuentemente andaba con plata encima, no; nada de eso, es preciso decir que normalmente no disponía de un peso y que cuando lo tenía lo gastaba en un segundo, pagándole la comida a un par de mocosos que apenas conocía o tirándola sin culpa en los burros, en el hache nacional. Y cuando él estaba sin un centavo lo auxiliábamos, aunque nuestro auxilio siempre era más austero que el de él.

Una vez, después de que volvió de Chile, luego de la caída de Salvador Allende, yo estaba metido en el Anchorena y me estaba recuperando de una operación renal, y cuando ya debían haber pasado las dos de la mañana, llegó. Bernardo llegó, y yo estaba durmiendo, se sentó a mi lado en una silla y se puso a leer. En eso me despierto y él levanta la vista del libro y me dice:

—¿Qué hacés Gallego?

—Aquí estoy, haciéndome el gracioso —puedo haber dicho, y es seguro que agregué—: ¿Y vos cómo mierda entraste? Todos dicen que es poco menos que imposible entrar de noche.

—Muy fácil, crucé la puerta con cara de angustiado y casi corriendo, pero sin correr, a la velocidad exacta del desasosiego, a la velocidad en que andan los que están a punto de perder algo irreparable, con la caja de un medicamento en la mano y mostrándosela al tipo ostensiblemente, dije: "Es para un enfermo grave". "Pase, pase", contestó el punto, con aire de quien cumple con su deber.

Mientras yo dormía Bernardo leía Trampa 22, que hasta su llegada había estado sobre la mesa de luz. Él la había leído en inglés. Yo había estado leyéndola hasta un rato antes de dormirme. Charlamos, no sé, unos pocos minutos y luego me preguntó si se podía fumar, le dije que me parecía que no, y él, sin preocuparse, dijo qué lástima y encendió un cigarrillo; luego me preguntó si quería que me leyera y yo le dije que sí. Comenzó la lectura, en donde yo había dejado. Fue una agradable lectura. No sé cuánto se quedó leyendo, supongo que más allá de las cuatro, hasta que le dije:

—Estoy cansado, voy a dormir.

—Muy bien —dijo Bernardo—, que te mejores, en estos días vuelvo.

Se tiró al suelo, sopló las cenizas hacia abajo de la cama, me acomodó la colcha, apagó la luz y se fue.

Para aquel tiempo existía una especie de mito urbano que contaba que era imposible



apropiarse de algún libro en la Biblioteca Lincoln, Bernardo demostró que no era cierto, una vez me dijo que iba a devolver los libros que había tomado prestados de un modo que llamaré unilateral; se los iba a devolver con el único objeto de que supieran que su seguridad era tan vulnerable como cualquier cosa de esta tierra. Afortunadamente lo pude convencer de que no lo hiciera, me dio miedo de verlo metido en algún lío con la cana y la justicia. Quién sabe adónde fueron a para aquellos hermosos libros finamente encuadernados, impresos sobre papel ilustración.

En febrero de 1984 murió Julio Cortázar; yo estaba asando un poco de carne y la radio dio la noticia, el día se terminó allí. Me parecía que se había muerto un amigo; jamás tuve la oportunidad de verlo personalmente a Cortázar, pero sentía que se había muerto un amigo. Eso fue algo que no sólo me pasó a mí. Para ese entonces teníamos casi armado el original del número 4 de El molino de pimienta, tuvimos que volver atrás y preparar todo de nuevo, la revista apareció al fin, dedicada a Cortázar, algo que hubiéramos preferido no tener que hacer. Le pedí a Bernardo que escribiera una nota y a los pocos días me dio el conmovedor texto de las pruebas de la infamia las tengo en la gaveta.

Yo vivo en Hudson, un poco más allá de Berazategui, hace mil años que estoy allí; hoy no es demasiado fácil llegar; hace veintitantos era una pequeña aventura y sin auto ni hablar, a Bernardo hacer esos treinta y cinco kilómetros en ómnibus o en el Roca no lo achicaban, y eso significaba tener un considerable arrojito; llegaba de sopetón, nosotros, ni nadie en el barrio tenía teléfono en esos años, alguna vez se tuvo que volver porque no estábamos. Por lo común llegaba un rato antes del almuerzo y junto a mi hija, que tenía unos cuatro o cinco años, iban al almacén de don Pepe que estaba enfrente a casa a comprar algunos caramelos o algo por el estilo y ella creía que había llegado el gigante benevolente, Bernardo medía casi dos metros. Durante el almuerzo charlábamos sobre literatura y por supuesto nos contábamos algunas historias relacionados con la gente que hace literatura, nada nuevo en fin; tomábamos un poco de vino, la pasábamos muy bien. En una de esas sobremesas me dijo una de sus ocurrencias dichas al pasar; me dijo que había leído un libro con tantos errores que en la última página habían pegado un papelito que tenía impresa una fe de aciertos.

La última vez que lo vi vivía solo en un departamento de un ambiente, sin cintas ni moñitos; un departamento que tenía una cama de una plaza; una pequeña mesa en la que había una máquina de escribir, al costado unos papeles en blanco, un anotador, un lápiz, una birome; dos sillas, alguna otra cosa que seguramente olvido, en la pared unas doscientas hojas mecanografiadas, sujetas por una manito y colgadas de un clavo. El texto de una novela que siempre quise tener en mis manos. Estuve apenas un rato, me parecía que estaba violando la intimidad de un asceta; la intimidad del santo, la intimidad del demonio. En ese departamento un día lo encontraron muerto. Al cumplirse un mes salió un aviso en Clarín en donde su madre, sus hermanas y sus sobrinos lo recordaban. Y yo lo recuerdo hoy en esta nota; en esta nota que no lograba terminar de escribir por la conmoción que me que me producía; que me produce.

Vicente Battista

Tomado de la revista Maníaco textual, 1991.

Se dejaba ver con generosidad: algo más de un metro noventa de pies a cabeza. Pese a semejante volumen, no alcanzaba a disimular lo que tenía de chico; no había modo de que escondiese su forma de ser adolescente, a mitad de camino entre la picardía y la sorpresa. Un adolescente, entonces. Sí, aunque la muerte lo haya sorprendido con más de cincuenta años de vida. Lo encontraron, dicen, tirado en la cama. Le hacían coro un par de sillas desvencijadas, una mesa de trabajo, muchos libros y papeles desparramados sin ton ni son. Murió como había vivido: en desorden, con libros y trabajos a medio terminar, y la cama dispuesta a colaborar con

su fiaca, que solía esperarlo, entrañable, a la vuelta de cualquier cosa. Murió como había vivido: solo. Siempre quiso escapar de esa soledad y sin embargo, indefectiblemente, caía en ella: era la dama indigna que lo visitaba sin remedio. Releo y advierto que me inclino peligrosamente al melodrama. Bernardo Jobson no me lo hubiera permitido. Hubiese pedido que me dejase de joder, que de él mejor no hablar. Y mucho menos hacer literatura. Sin embargo, no puedo dejar de vincularlo con la literatura: por sobre todas las cosas era un escritor. Había sido capaz de aprender el idioma inglés sin ayuda de nadie, a fuerza de voluntad y diccionario: y fue capaz de leernos, entre la madrugada de un viernes a un sábado, los tres actos de un drama que tenía a Dylan Thomas por protagonista. Se había tomado el "trabajo" de pedir "prestado" el libro en la Lincoln y lo había traducido, simplemente porque esa obra de teatro le pareció una pieza excepcional y quería compartirla con nosotros. Era burrero, jugador de truco, hincha de fútbol y excelente cocinero; casi siempre hablábamos de esos temas, y casi nunca de literatura. Sin embargo, más allá de los recuerdos, que se acaban cuando también se van quien los recuerda, de Bernardo Jobson fundamentalmente quedará su literatura. Hoy más que nunca lo veo como a una suerte de Ring Lardner porteño. En sus cuentos y piezas teatrales sabía conjugar, como el norteamericano, humor y sarcasmo; como aquél tenía un hábil manejo de la narración. Acaso igual que Ring Lardner esté condenado a ser una especie de precursor, aunque – en rigor de verdad- no sé de ningún escritor argentino que haya recogido la posta que Bernardo Jobson se vio obligado a dejar la tarde o noche o mañana de su muerte. Solía tener un particular concepto del espacio y el tiempo. En cierta oportunidad (recuerdo el día, porque era mi cumpleaños), en mitad de la charla dijo "bajo a hablar por teléfono y vuelvo". Volvió sí, pero medio año después.

No recuerdo nuestro primer encuentro, habrá sido durante una de las míticas reuniones de *El Escarabajo de Oro*, en el Tortoni, cuando a puro bullicio ayudábamos a fundar lo que más tarde se iba a llamar "La generación del '60". Recuerdo, sí, nuestro último encuentro. Bernardo solía venir a casa. Jamás tenía hora de entrada, tampoco de partida. Esa vez, que ni él ni yo sabíamos que iba a ser la final; me pidió prestado algo para leer, quería un libro entretenido. Revisó la biblioteca y eligió un título muy especial: El Manifiesto Comunista. "A lo mejor así lo leo", dijo. Era una versión completa del texto fundacional de Marx y Engels editado en forma de historieta, con dibujos graciosísimos. Nunca supe si alcanzó a leerlo. A veces se me da por pensar que la muerte lo pescó en plena lectura. Pienso que se murió de risa contemplando el dibujo de un burgués finisecular, empresario o banquero, tan ridículo como los actuales, y eso me tranquiliza.

ENTREVISTA A BERNARDO JOBSON

Fuente: Encuesta a la literatura argentina contemporánea. (Fragmento)
Editorial centro editor de América latina. 1982. Argentina

¿Recuerda algo que pudiera denominarse "episodio de iniciación literaria"?

En realidad, mi iniciación literaria – giro ambiguo si los hay- se produce, para darle un punto de partida, cuando me llegó una escueta cuan sutil invitación del ejército argentino a

presentarme en el 3 de infantería. Decidí aceptarla. Unas veinte horas después, sin previo aviso, y gracias a un tren especialmente fletado a Mar del Plata, tuve una de las sensaciones más indescriptibles de mi vida: veía el mar por primera vez.

Y unos meses después, una hecatombe espiritual semejante: eran las seis de la tarde y andaba por el lado de la cantina desgarrado por la alternativa de hierro: cigarrillos o un especial de salame. Pasó uno de los convictos de mi batería con un libro en la mano, me preguntó si quería leerlo, le dije que sí y sin mirarlo entré, compré los cigarrillos y me senté en la veredita del arsenal. Observé la tapa: el grabado era el de un hombre tratando de levantar un carromato; sobreimpreso en letra gótica, el título: "Los Miserables". Lo terminé en cuatro o cinco días, y de inmediato amenacé a los dos o tres colimbas que podían entender mi decisión con escribir un ensayo que, presumí, me iba a llevar todo el año de servicio militar. Empezaba así: "La libertad es la más grande imposibilidad del hombre". Y así termina.

Por supuesto que se me formó una aureola de tipo que escribía y que yo fomenté eclécticamente, a saber: sesenta cartas de amor a mi novia, un poema a mi profesora de francés en el Puerreydón, Madame Garrigós, mi primer amor imposible; un soneto multiuso, polifuncional y panclimático que vendía a cualquiera de mis compañeros de trinchera con dificultades en algún levante, otro de uso privado para un cabo primero a cambio de una licencia; una monografía sobre la batalla de Curapaligüe para un teniente primero a cambio de no ir a maniobras y un informe in voce y bastante chanchito sobre "El matrimonio perfecto". Todo esto, y algunas cosas más están relatadas en un libro inédito, "Memorias de un soldado raso" que aparecerá o no, todo depende de que los militares revean su sentido del humor o yo el mío. Esta iniciación culmina con dos hechos básicos: un día leí, en una antología de cuentos en inglés, "The daring young man in the flying trapeze", de William Saroyan: tuve una especie de deslumbramiento trágico, tuve que inaugurar una localización cerebral y lo alojé allí. El tema es, humorista diplomado que soy, un joven escritor que se muere de hambre. Poco tiempo después escribí un cuento, con el mismo tema, que fue una especie de antibiótico contra tres que ya había escrito para "Idilio" y cuyos ejemplares, Dios sea loado, perdí en alguna mudanza. El segundo está referido a mis ocho años en el teatro "De los independientes". Castillo había ganado con "El otro Judas" un concurso cuyo premio era la representación de la obra, en la que yo hacía las luces y el sonido. Allí conocí a Abelardo y cierto día le comenté que tenía un cuento escrito, que si lo quería leer sin compromiso de compra, quiero un crítica franca (y laudatoria), si no te gusta decímelo (y después moríte). El cuento era "Frío", ese antibiótico que mencioné antes, y la crítica fue su aparición en El Escarabajo de Oro, segundo bicho de la colección de este conocido ornitontomólogo. Haberme unido, de inmediato, al grupo de la revista (gente inolvidable, por qué calles andarán algunos) y la amistad con Castillo, que empezó en esa época, constituyen para mí dos hechos decisivos.



¿Cómo trabaja? ¿Hace planes, esquemas? ¿Lee a otros autores en los periodos en que está trabajando en una obra propia? ¿Cuándo y cómo corrige? ¿Lee alguien sus textos antes de que ingresen en el proceso de publicación? ¿Escribe de manera regular o por épocas?

Escribo como puedo (y no quieren entrar en detalles). Por lo general, lo hago mediante un proceso que yo llamo de "embarazo ambulatorio y/o en decúbito dorsal" hasta que en algún momento siento las contracciones y después se oyen los gritos del nene, algunas veces de júbilo, el tipo ve el mundo y se siente en la gloria, otras no tanto y me mira como diciendo qué hiciste, todavía ni se me desarrolló el occipucio, metéme adentro otra vez, mirá que tenés poca paciencia, ¿eh? Acostumbro a leer lo que escribo a la gente de la revista, que no perdonan una, pero lo hago porque confío en ese juicio. Al margen de lo que digan después, ya con sólo verles la cara que ponen adivino el veredicto. Soy un desastre corrigiendo y sospecho que esto deriva del hecho de mi trabajo eventual como traductor de inglés, ya que la corrección de un original implica dos o tres veces el mismo tiempo empleado en la traducción misma, cuestión que uno entra a sacar cuentas de cuánto puede ganar con el trabajo y ahí nomás sale a comprar el Clarín. De todos modos, veo en el acto de corregir algo de cirugía estética (con los pro y los contra que eso supone) o, para decirlo de otro modo, aceptar al nene que nos ha mostrado la partera y decirle está bien, me lo llevo, ¿pero no podría hacerlo menos narigón? Claro que el asunto tiene muchos matices: la corrección de hecho mientras uno escribe, las dudas ante una palabra o un giro, la automática detención del motor ante -incluso- todo el tema, los fantasmas de mis escritores de cabecera sentados en mi hombro y que se comentan entre sí (me parece que esto es de alguno de nosotros), la reacción opuesta o simplemente la falta de ella cuando leo una frase o una situación que yo suponía iba a provocar una reacción unánime, en una palabra, todos los procesos previos a las exequias del cuento, esto es, su publicación. Todo método opera en mí, no sé en qué medida, contra el hecho lúdico implícito en el acto de escribir. Esto no quiere decir que si alguien se lo impone (me gustaría saber cómo lo sigue, un cuento no es un cálculo de hormigón armado) no termine escribiendo una gran novela. Pero siempre he pensado, inteligente que es uno, que la literatura no es una ciencia exacta, y que salvo poner el papel en la máquina, tener los cigarrillos suficientes a mano y, en épocas de bonanza, hasta café, el resto es incompatible con lo que yo entiendo por la palabra método.

¿Vive usted de la literatura? ¿Qué otras actividades realiza o ha realizado?

¿Quién sugirió la pregunta, Bradbury? En nuestro país, de la literatura viven las editoriales, las imprentas, los talleres de fotocomposición, las distribuidoras, las librerías, los kiosqueros, la ley 11723, el corrector de pruebas, lo cual involucra ya a tanta gente que hasta parece justo que el autor no. Algún día, algún representante de la SADE que piense que la labor de la entidad no está limitada a la Feria del Libro, a dos o tres conferencias por semana y a emplomarse una muela por el cincuenta por ciento de costo, irá a Argentores y a SADAIC y preguntará: muchachos, ¿cómo hicieron para lograr una entidad que defiende tan bien y administra mejor a sus miembros? Puede ser que entonces logremos que se nos respete el derecho a cobrar lo que nos corresponde, a redactar nuestros propios contratos, a no ser considerados como una especie de mal necesario, aun cuando esa liquidación correcta no impida que debamos seguir correteando salamines a domicilio. Hice de todo, hago de todo: empleado bancario, de seguros, tío loco, redactor publicitario, periodista, marido incomprendido, fakir, traductor, pensionista en desgracia, pero nunca fui colectivero. Supongo que todo esto es (cómo me gustaría poder decir fue) aleatorio, ese tractor que nos engancha a la culata y nos lleva hacia la realidad, la cotidiana, del país más caro, más imprevisible, más conflictivo, más hermoso del mundo. Esa misma realidad que le hizo decir a Chesterton (quien se atreva imagínelo argentino) la siguiente sutileza: "El humor debe llevarse a cabo antes de que la realidad llegue a ser tan ridícula que ya no sea posible satirizarla".



CUENTO:

TE RECUERDO COMO ERÁS EN EL ÚLTIMO OTOÑO

Bernardo Jobson

El problema es que el jefe no me lo va a creer. Le he hecho tragar ya tantas milanesas, tantas albóndigas súper condimentadas, que esto no me lo va a creer. Pienso en alguna excusa potable, pero me da un poco de bronca: ¿una vez que tengo una razón valedera para ausentarme de la oficina, voy a tener que apelar a una mentira? ¿Tan mal anda el mundo? me pregunto. Pero toda esta filosofía de apuro no me absuelve del dolor que tengo desde que me levaté y amenaza con la posibilidad de que la gente me crea un deforme o algo así, al margen de unos chillidos austeros pero evidentes que me transformaron en la máxima atracción del día en el subte. En ese momento vuelvo a sentarme y siento como si una tachuela me hubiese penetrado hasta la garganta. Por supuesto, las tachuelas se supone que lo pinchan a uno en el culo y ésta es una tachuela de lo más ortodoxa. No me puedo sentar, no me puedo quedar parado, no puedo quedarme un minuto más en ninguna posición. Y te guste o no, jefecito, allá voy. Con la verdad no temo ni ofendo y me paro frente al escritorio del salmónido.

-Plata no hay- me ataja. Y si necesitás plata porque se te murió algún pariente, antes me traés el certificado de defunción. Mirá, ni siquiera con el certificado. Únicamente contra presentación del cadáver.

-Jefe, no quiero plata...por ahora- porque en ese momento pienso que en una de éstas voy a tener que comprar un remedio y ante presentación de receta no me va a decir que no.

Mirá vos, me digo, ¿cómo no se me ocurrió antes este yeite?

-Ni ahora ni nunca, ni siquiera a fin de mes. ¿Sabés que sos el único en la historia de esta empresa que cobra por adelantado? Ya tenés un mes de sueldo en vales.

-Jefe, perdóneme, pero no estoy de humor hoy. Todo lo que quiero es permiso para ir al hospital. Hay que ver el conflicto que esto le produce.

¿Quién será: un pariente, un amigo, algún amor lejano? Pero reacciona a tiempo.

-Sangre diste la semana pasada. Te fuiste a las 9 y no apareciste en todo el día.

-Jefe, usted se equivoca por el físico con que me ha dotado la naturaleza. Que yo mida 1,95 m. y pese 102 kilos, no quiere decir que si me sacan medio litro del vital elemento, no quede medio dopado.

-Bueno, no sé, pero parientes vivos ya no te quedan, según me consta. ¿Quién es el moribundo hoy?

-Nadie. Soy yo el que quiere ir al hospital ahora mismo.

-¿Qué te pasa?- pregunta enojándose consigo mismo porque ya está entrando por la variante.

Conflictos internos. ¿Y el que yo tengo ahora? ¿Cómo le digo la verdad, la cruda verdad?

-Jefe, no me lo va a creer. No me lo va a creer. No sé que cara pongo, pero sí la que pone él. Se asusta. ¡Corazón, hígado, pulmón! Al mismo tiempo, busca el término ése, difícil, que cuanto mejor lo dice más gente piensa qué gran médico se perdió la sociedad.

-¿Algún trastorno cardiovascular?

Niego con la cabeza.

-¿Visceral?

Tampoco. Como ya está a punto de agotar su diagnóstico precoz, apela a lo increíble, a lo que no puede ser, ¡en esta época!

- Me imagino que no tendrá nada que ver con el sistema génito-urinario, ¿no?

-Y, más o menos -le contesto-. Tengo un grano en el culo.

Diez minutos después estoy parado en el hall del hospital, mirando la guía de consultorios externos. Parezco un tailandés recién llegado, buscando la temperatura media de Jujuy en la guía de teléfonos. No sé quién me toca a mí: ¿enfermedades secretas, culología, anología? No figura ninguna, y a esa enfermera de la mesa de entradas no se lo pienso preguntar. Si fuera vieja y buena, todavía, pero no tiene más de 25 y hay que ver lo bien que está.

El portero o algo así acude en mi ayuda. Y como todos los porteros tienen obligación de ser médicos frustrados, cancheros viejos, empíricos de la medicina que lo ven a uno y ya saben lo que uno tiene, me pregunta:

-¿Algún problema, señor? ¿Busca a alguien?

-Sí, la verdad que sí. Pero no sé exactamente a quién.

Juro que mi respuesta es totalmente natural, pero él ya sospecha algo turbio.

-¿Alguno de los doctores?

-Sí, pero no sé cual puede ser...

Los puntos suspensivos son benévolamente acogidos por el portero y los estudia unos segundos.

-¿Algún problema...?- y la definición médica del problema la explica con la mano y apoyándose en una sonrisa comprensiva y paternal-. Me parece que usted busca dermatología. Primer piso, consultorio 23. Dígale al doctor que lo mando yo.

-¿Perdón, dermatología? Y...¿qué atienden allí? Quiero decir, si uno tiene...

-Eh, por favor- me asegura canchero al extremo-. Yo también tuve que ir cuando era joven...- y luego de asegurarse de que nadie pueda verlo, agrega:- Tres veces. Claro, eran otros tiempos, ¿no?

-Y sí, no va a comparar- le ratifico, mientras pienso que dermatología no puede ser. Que la pared del culo me duele, no hay duda, pero no le veo relación. Además, me duele cada vez más y antes de tener que relatar, por segunda vez, la cruda verdad, me tiro un lance y le digo:

-Creo que es ortopedia.

Como a cualquier personaje orillero, lo tumba el asombro.

-¿Ortopedia? Pero si usted camina lo más bien.

-No vaya a creer. Hay momentos en que no puedo.

Está totalmente decepcionado. Todo un caso social que él creía tener como primicia absoluta se le va diluyendo.

-Ortopedia- le insisto:- ¿No quiere decir que a uno lo curan del...?

-Dígame, señor- me pregunta ya totalmente ofendido-. ¿A usted qué le duele?

-Bueno, para serle franco, me duele el culo, ¿qué quiere que le haga?

No tiene ninguna anécdota al respecto y no sé si me la contaría aún en el caso contrario. Ya me odia, directamente.

-Vaya a la guardia. Ahí lo van a atender. Parece mentira.

Cuando me dispongo a irme, la vocación lo traiciona y me dice:

-Tómese un Geniol. O dos.

Le agradezco la receta magistral y enfilo para la guardia. El continente americano se ha enfermado hoy y me pongo en la cola. Delante mío hay un tipo justo para que lo atienda el portero. La dimensión de la fila me hace dudar sobre si llegaré vivo a que me atiendan, pero pienso que esto me da el tiempo suficiente para ver qué le digo a la mina que está sentada en un escritorio y distribuyendo el juego como un hábil mediocampista: usted allí, usted acá, hoy está prohibido enfermarse del hígado, el reumatólogo tiene hepatitis. Pienso en lo que voy a decirle:

-Me duele el recto (y todo el mundo pensando

qué lástima, un muchacho con ese físico y maricón).

-Quiero que me revisen el recto (y la misma conclusión, ahora ya sin ninguna duda sobre mi desviación sexual).

-Busco al rectólogo (y lo mismo, éste quiere disimular que es maricón, lo cual no deja de ser peor. Por lo menos, que afronte su desgracia con altivez, caramba).

Cuando faltan dos tipos, no sé todavía qué voy a decirle, pero el punto que está delante mío me puede salvar. A ver cómo le explica él que tiene los bichitos juguetones y entonces yo aprovecho la bolada, el ambiente turbio ya que tiene antecedente y lo mío no trasciende.

Cuando le llega el turno, la enfermera le pregunta nombre, apellido, edad, domicilio y por poco hincha de quién. Con soberbia cara de otario, me acerco para escuchar el crucial diálogo.

-¿Qué problema tiene?

A punto de caérsele la cara de vergüenza por lo frágil ser humano que es, responde:

-Tengo una uña encarnada.

Pienso en la famosa clínica del diagnóstico que podríamos fundar el portero y yo y luego de dar mi filiación, me mira y me pregunta con la mirada, qué problema tengo.

Yo, mudo. Finalmente, accede al ritual.

-¿Qué problema tiene, señor?

-Bueno, tengo un dolor.

Apoya la cabeza en la palma y me vuelve a mirar. Está esperando que yo le diga dónde.

-¿Sí?- me pregunta dejando en el aire: ¿qué me dice?

-Sí- le contesto.

El agitado diálogo no deja de constituir una escena pintoresca que matiza la espera de todos los pacientes. Todos miran. Detrás de mí no hay nadie. Esto puede durar todo el día, pienso. Ayúdame miss Nightingale. Vos sabés de estas cosas.

-¿Dolores durante la micción?- me pregunta sutilmente.

Dolores durante la micción. Parece el nombre de una mina de la sociedad colombiana, pienso.

-No- le contesto. Y con un gesto le indico que siga intentando.

-¿Dolores génito-uritarios?- me pregunta un poco enojada, y antes de que se le ocurra la próxima posibilidad dolorosa, un siflólogo frustrado opina en voz baja para que lo oigan todos:

-Debe ser para dermatología, señorita.

-Señor, por favor, no podemos estar todo el día con esto. Si usted no me dice lo que le pasa...¿Problemas génito-uritarios?- insiste.

-Señorita- le digo con tono lastimero-. No son génito-uritarios, pero...alguna relación tiene, no sé. El recto ¿tiene algo que ver con el sistema?

Claro, la palabra era un cheque al portador. La noticia recorre todo el hospital, pero el epicentro del fenómeno se centra en la guardia.

El tipo de la uña encarnada me mira diciéndome con los ojos no te da vergüenza, si yo fuera tu padre te volvía a romper el culo, pero a patadas, y una madre le dice a su hijo, vos vení para acá y lo protege instintivamente del deleznable sujeto. La enfermera, repuesta de la noticia, anota en la planilla y me dice que me siente. Pienso que si me siento, muero, ahí nomás, sumariamente.

El médico pasa por allí en ese momento, y la enfermera lo detiene. Noto que habla de mí, el tipo me mira, le dice que sí, enseguida vuelvo y sale.

Como, pese a todo, ella me ama, me informa que enseguida me van a atender.

La decisión provoca la tradicional reacción popular, hay murmullos contra la aborrecible enfermera, pero en medio de la indignación general, surge la voz de la madre del niño que dirigiéndose a nadie, es decir, a todos, dice:

-Claro, y encima los atienden primero.



mn l r r f p r e u e p e s u r e o r r u r q e n m d m a i r e
e u e a s o d e o m d u e l i o s t e m n m o u m u n g e a u m v a g e
r a c c e a a l n t a l e o d a e o e e a o g e n e s a o

con
ce
li
cen
M

La configuración edilicia de la guardia propiamente dicha es un monumento a la discreción. Con un grabador y una filmadora uno podría, en diez minutos, escribir los diez tomos del Testut. El médico me pregunta qué me pasa. Debe tener 22 años a lo sumo. ¿En qué año estarás? ¿Ya rendiste Culo vos?, me pregunto.

-Mire- le explico. Desde ayer tengo un dolor bárbaro en el ano. Y ahora ya no puedo más. No puedo sentarme, no puedo estar parado, me duele si hablo.

- Bueno, vamos a ver. Venga por aquí.

Ya a medida que recorremos el pasillo, va recorriendo las cortinas de los boxes, no sin provocar frecuentes chillidos, indignados por favores y actitudes insensatas de quienes se ven sorprendidos con paños menores a media asta. Encontramos uno vacío y me ordena que me desnude mientras él enseguida vuelve. En el box de al lado, el de la uña encarnada pega un grito y se traga una puteada que hubiera involucrado hasta el más remoto antecesor de la enfermera. Pienso que la verdad esto es mejor tomárselo a joda y cagarse de risa. A la sola mención del verbo defectivo, reflejo condicionado diría Pavlov, me entran ganas de ir al baño, vía recto. Lo único que faltaba, me digo, que me agarren ganas de cagar. El grito del de la uña encarnada va a parecer un susurro de amor comparado con el mío. Frágil espiritual que es uno trato de engañarme y me digo que ya cagué. Mentira, me grita mi conciencia, mientras pienso que algún día debo escribir un ensayo sobre la vida y la caca: dos cosas difíciles de aguantar. La temperatura ambiente no es la más propicia para quedarse totalmente en pelotas, y me dejo puesta la camisa y los zapatos. Me siento en la camilla y me observo el sistema génito-urinario que diría el portero. Da lástima: parece el experimento de un jibaro que ha reducido un bandoneón. Cuando el de la uña encarnada opina que prefiere que le corten el pie antes de que se atrevan a tocarle la uña otra vez,

entra el futuro médico, orgullo de la familia.

-Póngase en cuclillas- me ordena.

Me pongo en cuclillas y pienso que lo único que falta es que suene un disparo y salga a buscar la meta.

- Abra un poco más las nalgas.

Las abro.

-Un poco más- insiste.

-Doctor, no crea que no quiero colaborar con la ciencia, pero mido 1,95.

El tipo se ríe y me dice que está bien.

Para distraerme un poco, bajo la cabeza y miro hacia atrás. Me pregunto cómo no larga todo y se manda mudar. El espectáculo es deplorable, pero siento dos manos frías en ambos glúteos y dos pulgares acercándose sugestivamente por ambos flancos. Instintivamente, me hago el estrecho.

-No, por favor, quédese tranquilo. Así no puedo hacer nada.

Le pido perdón y rindo la ciudadela. Los pulgares se asumen y se acercan a las puertas de palacio ya. Vos tocáme nomás, tocáme apenas y que Dios te ampare, pienso.

Ostensiblemente acuciadas por la posición decúbito panzal, las ganas de ir al baño se acentúan y ahora sí, me niego rotundamente.

El tipo se me enoja y como ya ha entrado en confianza- después de todo me ha tocado el culo- me dice che, déjese de embromar, parece mentira.

De golpe sospecha algo y me pregunta:

- ¿Qué le pasa?

-Doctor, perdóneme, ¿pero usted quiere creer que justo ahora?

Se agarra la cabeza y vuelve a reír.

-Está bien, pero aguántese. No hay otra solución. Yo necesito sólo unos segundos para palparlo.

Tengo ganas de contestarle que yo también, pero para cagarme. No creo que el chiste le caiga bien.



Como soy un gil, me pregunta cosas a medida que empieza otra vez la invasión.

-¿Es la primera vez que le pasa?

-Y la última. Aunque tenga que cagar por la oreja el resto de mi vida.

En ese momento, siento un alambre de púa recorriendo con libre albedrío las paredes iniciales del recto. Y pienso lo que debe estar gozando el de la uña encarnada. Pego un grito.

-Quédese como está- me ordena-. Relaje los músculos. Enseguida vuelvo.

Escucho que en el pasillo le pregunta a la enfermera dónde hay vaselina. La mera

mención del noble lubricante para usos o

aberraciones varias me incita a salir corriendo despavorido, cuando escucho que la cortinita se

corre y entra alguien, doctora ella, pasea la mirada por los hermosos y lascivos glúteos,

luego va hacia el sistema génito-urinario

propriadamente dicho, me mira inquisitivamente,

se echa hacia atrás y vuelve a investigar la

decoración en general, tuerce la cabeza

convencida de que no hay nada que hacer, todo

sería inútil, pide perdón y sale. En cualquier

momento deciden dejarme acá toda la mañana

y cobran entrada, pienso.

Se vuelve a correr la cortinita y entra mi anólogo

de cabecera con un frasco de vaselina como para

revisar un mamut. Lo deja sobre una mesita y

procede a colocarse unos guantes de goma.

-¿Es para evitar el embarazo?- le digo

haciéndome el gracioso.

No me contesta porque los guantes son más

viejos que el tobillo y no sabe por dónde empe-

zar.

Cuando logra ponérselos, le asoman dos dedos,

lánguidos y desnudos.

-Un momentito- me ruega.

-Doctor- lo paro- ¿tengo que quedarme así

obligatoriamente? Me duelen los brazos sin

contar con que cualquiera puede entrar como

recién. El show, francamente, es un asco.

-No, quédese así. Y abra las nalgas todo lo que pueda.

Sale y enseguida vuelve, esta vez acompañado de un colega, futuro anólogo.

-¿Fístula?

-No sé. Todavía no pude palpar.

-¿Dolor?

-Sí.

-No se ve inflamación- dice el recién llegado desde la frontera con Bolivia.

-¿Qué te parece?

-No sé. Palpá a ver qué pasa. Yo Ano cinco todavía no di.

El colega desaparece. De pronto, la situación se hace tensa. Me vuelve a abrir sin más trámite, se

acerca todo lo que puede y, jugado, decide auscultar de zurda. Le miro el tamaño del dedo,

manos de pianista más bien no tiene.

-Doctor, perdón, ¿pero usted piensa meterme eso adentro?- pregunto en pánico.

Me responde mientras cubre de vaselina el dedo.

-Escúcheme bien. Ahora va en serio. O se deja palpar o se va a su médico.

-Me dejo palpar.

Cuando las galaxias explotaron en el núcleo central del universo, todo fue, durante un

instante, un rojo que nunca se volverá a repetir.

Una explosión desde el seno más íntimo de cada

una de las estrellas que se expandieron junto con

nuestro sol por el espacio buscando con sus

puntas el borde pascaliano de la esfera cósmica,

horadando el infinito como espadas de Dios,

mientras el sol, vagabundo desde la eternidad,

buscaba exactamente el centro de su pequeño

sistema, calcinando todo lo que encontraba a su

paso en una carrera devastadora que separó

continentes, desequilibró el eje de rotación de

los astros, emergieron volcanes que durante

millones de siglos se aburrieron en las entrañas

de la tierra y estallaron al fin como bestias, una

estampida de búfalos inconmensurables

vomitando el rojo inicial, hasta que Dios



dijo basta, paremos aquí si lo que queremos es crear un planeta.

Salgo del quirófano ad hoc horadado y profanado en lo más íntimo, con la orden de volver mañana para ser observado por el especialista en el asunto, sujeto que me aplicará un aparato que se llamará todo lo rectoscopio que quiera, pero que no deja de ser un fierro en el culo. En ese momento, el tipo de la uña encamada, apoyándose lastimosamente en uno de los talones, va también hacia la salida. Todavía no he podido saber por qué, le sonrío diciéndole qué día, ¿no?, al tiempo que camino con un ritmo que ya lo quisiera María Félix yendo al encuentro de su amante para matarlo con premeditación y alevosía. Sorpresivamente, siento una de las famosas puntadas y me agarro del desuñado para no caerme, gesto civil y sin implicancias que el tipo interpreta como amor a primera vista, se me vuelve a escapar otra sonrisa, actitud que no deja de empeorar las cosas y el tipo- mufa, impotencia, dolor y asco mediante- levanta instintivamente el pie desuñado y Bernabé Ferreyra en su tarde más gloriosa me encaja una patada en el centro mismo del culo. Por un instante nos miramos, sorprendidos. Un segundo después, los dos, al unísono, pegamos el grito inicial, el llamado de amor indio, Tarzán navegando

de liana en liana y llamando a todo el continente africano con voz tomada por un intempestivo resfrío e inmediatamente damos comienzo oficial al primer festival mundial de cante jondo, no sin matizarlo con pasos de baile calé, y danza rabiosamente moderna, todo por bulerías.



ENTREVISTA A HORACIO CACCIABUE

Por Camila Goldman - Lucía Turco



Horacio Cacciabue no puede dejar de pintar. Se podría decir que una rara combinación de sueño y realidad le dice cómo sigue su obra. Recién llegado de Italia, donde fue invitado a exponer su obra, reflexiona sobre ella en un bar de Buenos Aires. Él tiene mucho para decir y no es difícil imaginarlo en cada una de las situaciones que cuenta, aunque diga que el que estuvo en Italia fue otro, que ya no es él. Pero si se piensa como el hombre que fue en las colinas de Florencia y en Bologna, él reconoce la emoción de un viaje en el que vendió toda su obra y pintó más. "Artística y emocionalmente podría decir que estoy hecho", dice, aunque enseguida se siente incómodo, no soporta la idea: "Uno va naciendo siempre, ahora lo que me ocupa es otra cosa".

A la vuelta del exilio

Para Cacciabue la pintura empezó con el exilio o, mejor dicho, a la vuelta del exilio. Después de dos años en Brasil, donde estuvo exiliado en los setenta, entró al taller de pintura de un amigo de un amigo, en Buenos Aires. "Desde ese día me pegó muy fuerte. Empecé a pintar porque necesitaba expresarme políticamente. En toda mi primera obra, de la que no tengo

registro, se repetía mucho el tema de la tortura, era muy social y muy política. Pinté, seguí pintando, ganando premios. En un momento tenía mi obra en un conventillo de San Telmo y me robaron todo, menos una obra". Aunque él cree que sería bueno conservar algo de todo eso, hoy no lo lamenta tanto: "Eso me hizo sentir muy liberado". Además, hay algo en él que no tiene nada que ver con la nostalgia: "Si pudiera agarro estos cuadros y los corrijo", dice señalando sus pinturas en las paredes del bar. "Y si pudiera estoy siempre pintando un cuadro".

Es que para él, uno de los grandes misterios de la pintura es saber cuándo un cuadro está terminado. "Yo en realidad los cuadros no los termino, los abandono. El momento de abandonar una obra en general son las exposiciones, pero muchas veces vuelvo a tocar la obra que había mostrado. Borges decía que la única forma de terminar un relato era publicándolo".

Cacciabue gesticula sin parar. El torso casi inmóvil detrás de la mesa de madera y sus manos en movimiento que hablan por él, como su obra, hasta que se detiene, apoya las manos sobre la mesa y los ojos parecen volver a un centro del que nunca se fueron del todo.

Como la página en blanco para el escritor, "a veces también la tela vacía es un tema", dice él. Aunque, en su caso, rara vez el comienzo es la tela en blanco, lo primero suelen ser manchas en la tela e imágenes en la cabeza, imágenes que vienen en el sueño, o en el entresueño.... "Yo duermo mucho con mi obra, me aparece mientras

duermo, es mi gran tema, mi gran problema, una cierta obsesión. Muchas veces tengo que levantarme para pintar”.

La mugre de lo real

Al momento de pintar, Cacciabue sabe que puede ser un hombre “soberanamente feliz” como “soberanamente desgraciado”. Hay un momento en el que la mezcla de dos o tres colores puede volverse gloriosa para el artista. Es lo que él llama “brillo fatuo”. Aunque sabe que probablemente a las horas, esas primeras pinceladas pueden defraudarlo y ese es “uno de los momentos más duros que tiene el proceso de hacer pintura, porque es cuando se pierde ese brillo que se da en el presente, y que tiene la mugre de lo real”. Para él la pintura es una cuestión de tiempo: tiene que ver con la “incompletitud”, con “el estar haciendo”, con el “presentificar”.

Cacciabue pinta porque no podría hacer otra cosa. “Yo soy muy tranquilo en la vida porque descargo toda mi violencia en la pintura, si no creo que sería un asesino, porque hay mucho de gestual, de enfrentarte a lo otro, es una forma hasta corporal de dominar el espacio. No creo en la inspiración, sí creo en el espacio de trabajo: tengo que bailar alrededor de la tela, siento que la tengo que poseer. Pintar también tiene mucho de la manufactura, porque a veces uno tiene muy claro algo pero la tela te dice que no. De cualquier manera, no creo en el artista, creo en el que vive”.

Pollock con el Riachuelo

Se podría decir que el jazz y el boxeo son dos de los grandes temas de su obra. Pero él aclara que no le interesa la figura por la figura, sino que busca la composición, la pincelada, el dinamismo en una obra. “Yo estoy muy marcado por el expresionismo abstracto norteamericano de Jackson Pollock. Y a mí me interesa hacerlo dentro de la figuración. Sería Pollock con el Riachuelo”.

En Italia lo encontraron parecido al artista italiano Carballo, “que era una especie de Carballo moderno”, le dijeron. Hoy está estudiando su obra. Pero si hay que hablar de referencias, no puede dejar de mencionar a su maestro: Carlos Gorriarena. “A él llegué por mi admiración por su pintura, que me parece que nos marcó a los que hacemos figuración en la Argentina”. Al segundo año de estar con él, Cacciabue hizo una muestra en el Centro Cultural Recoleta. “Vino a verla y yo tenía un miedo, y me dijo: pibe sos un pintor, así que no te quiero ver nunca más”.

Y por más que Cacciabue ahora sea otro, las imágenes de Italia están frescas. Italia vuelve en forma de tango cuando recuerda que en Florencia hicieron sonar *La última curda* para él. Y siente que fue “muy sintomático” el nombre de esa muestra: Cuando el barro se subleva.



Horacio Cacciabue nació en Avellaneda el 18 de febrero de 1950. Vivió circunstancialmente en muchos lugares. Entre 1976 y 1978 estuvo exiliado en Brasil. En Argentina, dibujó para publicaciones políticas como la revista Militancia, hasta que, al volver del exilio, conoció el taller de pintura de Roberto Tessi, y empezó a pintar. En 1993 se acercó a Carlos Gorriarena, al sentir profunda admiración por su pintura, y éste se convirtió en su maestro. Con él estuvo dos años. Hay obras suyas en Italia y en el Museo Latinoamericano de Miami. En octubre, expone sus pinturas en la muestra "El brillo fatuo", en la galería de Marcos Espinosa, en Buenos Aires.



RESEÑA: CINE

POR ANDRÉS MANRIQUE

EL PERRO

El Perro cuenta una historia simple tramada por pequeños universos que forman un tejido donde tiembla todo el presente. Juan Villegas trabaja desde hace veinte años en una estación de servicio al sur. La estación cierra y Villegas -enseguida Juan, por su ternura- pierde el empleo. La película muestra el peregrinar de Juan, el modo en que, sin desearlo, su situación de desempleado lo conduce a la aventura.

El protagonista es un actor no profesional, un hombre que trabajaba cuidando coches a la vuelta de la productora del director. Acaso el motivo para que cada gesto tenga el espesor de la transparencia. La mirada de Juan se hace paisaje, él y Bombón, un dogo que le obsequian en agradecimiento por un favor, son la geografía que el espectador recorre durante todo el film.

Igual que en Historias Mínimas, El Perro transcurre en La Patagonia. La inmensidad, siempre de fondo, realza el contraste entre la pequeñez del personaje y la extensión de la estepa. Lejos del esteticismo, el vínculo entre Juan y el perro con los demás personajes se impone sobre el paisaje mediante una construcción de miradas y palabras mínimas. Sólo al principio, uno quisiera espiar un poco más allá, a la espera de una puesta de sol sobre la meseta o de un cielo inmenso; pero en todo momento el sentido del camino es provocado por el hombre. La abundancia de primeros planos sugiere que el paisaje no es el escenario, sino la actitud de cada actor, sus silencios. La ruta no tiene dirección si no existe quien la recorra. La tierra es apenas superficie amorfa si el hombre pierde sentido. Pero Juan lo encuentra como por azar, sin dudas ni determinismos.

Las situaciones que podrían rayar la tragedia o la trillada nostalgia del cine argentino son resueltas con un humor a la vez oscuro y suave. Los personajes no muestran todo, el espectador tiene que ir deduciéndolos hasta la identificación con alguno de ellos. El Perro, dentro del hiperrealismo, sin caer en moralejas ni sensiblería, vuelve de nuevo real e interesante a la inocencia y a la solidaridad.

Ficha Técnica

Dirección

Carlos Sorín.

Duración

95 min.

Género

Drama.

Interpretación

Juan Villegas, Walter Donado, Micol Estévez, Kita Ca, Pascual Conditto, etc.

Guión

Carlos Sorín, Salvador Roselli y Santiago Calori; basado en idea original de Carlos Sorín.

Música

Nicolás Sorín.

Fotografía

Hugo Colace.

Dirección artística

Margarita Jusid.

Vestuario

Ruth Fischerman.



LA OMISIÓN DE LA FAMILIA COLEMAN

Si somos una familia muy normal...

Claudio Tolcachir, autor y director de la puesta, vuelve a abrir las puertas de su PH en el barrio de Boedo, para presentar una nueva producción teatral.

Timbre 4, es el que hay que tocar para acceder (en silencio, por los vecinos) al pasillo que conducirá a la sala. Tolcachir es uno de los precursores de la tendencia, cada vez más extendida en Buenos Aires, referida a la apertura de salas teatrales en viviendas habitadas por sus dueños, en muchos casos actores, directores o profesores de teatro, que utilizan las instalaciones con el doble propósito de vivir y trabajar.

Después del éxito de Jamón del Diablo, estrenada en 2002, La omisión de la familia Coleman presenta el conflicto de una familia con seis integrantes, en un recorrido que va del drama a la comedia.

La abuela es la dueña de la casa, en donde vive su hija Meme y tres de sus nietos. Meme tuvo varios romances; de dos de ellos nacieron cuatro hijos, que hoy son adolescentes crecidos. Claro que el crecimiento en el seno de la familia Coleman dejó huellas imborrables en cada uno de ellos.

Se trata de examinar el famoso pecado de omisión, ese silencio lacerante que, extendido en el tiempo y en la convivencia, genera la disolución.

Marito parece ser el más afectado y dependiente. Gabi y su mellizo Damián han logrado desarrollar alguna actividad para ganarse la vida y tienen como proyecto irse de la casa. Verónica no fue criada en esa familia, porque fue la elegida para vivir afuera, con su padre, que le dio su apellido y una vida distinta. Verónica, que hoy está casada y tiene hijos, goza de una situación acomodada y ayudará a su familia de origen como pueda.

En medio de una situación de supervivencia, la desidia reina en la casa de la familia Coleman. Meme, un personaje compuesto con corrección por Miriam Odorico, no asume el rol de madre y en más de una ocasión depende de sus hijos. El personaje de Gabi, un notable trabajo de Tamara Kiper, ocupa por momentos el lugar de la razón, con el entorno del caos que se vive en la casa.

Marito y Damián, interpretados respectivamente por Lautaro Perotti y por Diego Faturos, son dos personajes contrapuestos. Marito, desde la fobia y la manía, está inmerso en un halo de muerte, putrefacción y descomposición. Por su parte, Damián desarrolla reacciones violentas con él y los demás, mientras siente devoción por su hermana melliza, a quien protege y respeta.

El personaje de Verónica, permite el lucimiento de Inda Lavalle, que compone la contradicción intrínseca entre intentar amar y avergonzarse de una familia que la extorsiona desde el afecto y la conveniencia.

"Hay cosas que mejor no recordar", afirma la abuela, que prefiere vivir el presente, sin empañarlo con un pasado doloroso, que produjo frutos que están a la vista. Por momentos pone límites, pero, ¿cuál es el valor que necesita preservarse con ese límite? ¿Y cómo continúa la vida cuando hay ausencias? ¿Cómo se resignifica la existencia cuando cada uno emprende un destino incierto y por su cuenta? De eso se trata, de examinar el famoso pecado de omisión, ese silencio lacerante que, extendido en el tiempo y en la convivencia, genera la disolución.

La omisión de la familia Coleman, una comedia dramática, que introduce al espectador en los recovecos de un grupo familiar, situado en un espacio bien aprovechado, con actuaciones bien definidas y una historia narrada desde un realismo absurdo.

Ficha Técnica

Autor y director:

Claudio Tolcachir

Elenco:

Miriam Odorico, Inda Lavalle, Tamara Kiper, Lautaro Perotti, Diego Faturos, Gonzalo Ruíz, Araceli Dvoskin y Jorge Castaño.

Asistentes:

Macarena Trigo y Gonzalo Ruíz

Producción ejecutiva:

Máxime Seuge y Johhantan Zak

Prensa:

Duche-Zárate

Avenida Boedo 640, timbre 4, Cdad. de Buenos Aires, tel. 4932-4395, sábados a las 21:00 y 23.15 y domingos a las 19:00 y 21.15, localidades \$ 30. Venta por boletería, sin reservas, de l. a v. de 17 a 21 y los sábados de 14 a 18. Desde 3/5/2008

Calificación:



RESEÑA: LITERATURA

POR ANDRÉS MARIQUE

UNA VERDAD DISFRAZADA DE LOCURA

El encierro de Ojeda fue premiado en 2004 por Juan José Saer y Javier Cercas como jurados del Premio Novela Breve Juan Rulfo. En poco más de 120 páginas y dentro de un apretado realismo, narra la travesía de un hombre hacia el borde de lo real.

El narrador, con implacable desapego, cuenta la historia de Ojeda: empleado gris, casi feliz. La distancia del narrador es tal que hacia el final de la novela, por primera y única vez, da el nombre de su personaje principal, Alberto: antes y después siempre es Ojeda. La voz que narra sabe poco más que el personaje, pero la historia ha ocurrido y ahora debe relatar el modo en que el protagonista, sometido a un destino inapelable, se aparta del mundo conocido para explorar los extremos de sí mismo.

El lector mira a través de una mirilla que enfoca a Ojeda y se abre, eventualmente, para mostrar lo que éste hubiera querido decir y no dijo, lo que va a hacer y no confiesa. En ese proceso, sin espacio a la ambigüedad, no da al personaje y tampoco al lector posibilidad de segunda interpretación. Murphy monta un dispositivo de aislamiento mutuo.

Ojeda se siente mal, lo aqueja un dolor agudo sin causa aparente. Pero no baja del tren que lo conduce al trabajo donde encuentra las planillas de siempre para llenar con los resultados de siempre: "La realidad iría desapareciendo gradualmente... Todo el ruido de la Tierra no sería capaz de distraerlo." Y estas oraciones son indicios de lo que le sucederá al protagonista. La crisis se avecina, Ojeda es ascendido y debe abandonar el lugar pasivo de las planillas. La rutina se trastoca y se encuentra frente al comportamiento variable, inquietante, de seres humanos. Al poco tiempo de actuar como supervisor de un grupo, sufre un ataque de pánico.

De aquí a la internación, un paso. El tratamiento recomendado, la abstracción: "...encontrar algo sólido y perfecto que nos permita olvidarnos de nosotros mismos y del mundo, algo de lo cual no dudar."

Un cambio tiende a otro y en pocos días de licencia se va aislando. En camino hacia la abstracción, Ojeda se apega a los números, llena cuadernos de cálculos. Pero éstos se agotan, la matemática ya no sirve. Y en pro de olvidar el mundo, de apagarlo, encuentra la escritura. Inventa un juego para obstruir el riesgo de que detone su realidad: describir objetos. Comienza con un pelo, un vaso de agua y surge el deseo de describirlo todo. Exhaustivamente. Como si con ello pudiera conservar algo inmutable para siempre. Pero pierde el trabajo y lo abandona su mujer.

El autor sostuvo que no escribió "...la novela como una crítica al mundo globalizado...". Sin embargo, Ojeda es el retrato de la alienación actual y entabla diálogo íntimo con nuestro aquí, donde se hace evidente el modo en que el sistema promueve al aislamiento, diluyendo toda relación. El encierro como estrategia de desarraigo. La final clausura del protagonista en su departamento con el proyecto de describir todo, incluso el calefón en su más ínfimo detalle. Pero entiende "...que los objetos -como las personas- no existen aislados en el mundo, sino que dependen de su relación con otros objetos, y que esta relación mayor... dotaba de sentido a su departamento." Entonces, en vez de volver a relacionarse, se recluye totalmente para lograr su objetivo.

La novela, sujeta al realismo, al final da un giro inesperado hacia un fantástico asfixiante.

Comenzó entonces el encierro de Ojeda."

Ficha Técnica

"El encierro de Ojeda" (2007)
Murphy, Martín
Adriana Hidalgo Editora, S.A.
123 Páginas



CUENTO CONTEMPORANEO: EL BAILE

POR ROBERTO SCONZA

Bienintencionado lector: de Roberto Sconza sabemos que nació en Avellaneda y que un 13 de octubre de 1954, previa nalgada, dio su primer grito colgado patas pa' arriba en manos de una partera. Mas allá de este episodio de tinte universal lo poco que sabemos de Roberto Sconza es que hace cuatro años participa del taller de escritura de Pablo Ramos y que esta próximo a publicar su primer libro de cuentos, entre los que se encuentran (tome nota): "Cuasimodo", "El asado", "Ninguna coincidencia" y "El baile" que hoy (como un adelanto exclusivo y sin precedentes) pletóricos de orgullo presentamos en sociedad para su descorche y, por qué no, su real disfrute.

Apenas entré tuve ganas de irme. Tantas soledades ansiosas me dieron pena y la música me puso triste. Versiones nuevas de canciones viejas, recicladas, como cada uno de los que estábamos ahí adentro. Me habría sentido mejor si me hubiera ido después de escuchar el tema "Una lágrima y un recuerdo" en una interpretación peor que la original, que es mucho decir. Pero me quedé. Me quedé porque les había dicho al Men y a Josi que iría a tomarme una copa con ellos. Al primero que vi fue al Men, bailando Salsa entre decrepitos bagayos y sudores varios. Me paré a un costado de la pista y me quedé mirándolo, cuando me vio dejó de bailar y vino a saludarme, estaba con una morocha de rulos, joven y bastante linda. Me alegré porque al Men lo quiero mucho y sabía que andaba bastante triste después de su separación.

-¡Bien ahí!-le dije con un guiño cómplice aprobando a la de los rulos.

-Sí -me contestó el Men gritándome al oído-, le falta un mediocampista pero está buena.

Le pregunté por Josi y el Men lo señaló con el dedo, estaba en la barra, sentado en un

taburete parecía más alto y no se le notaba tanto la barriga. Sus anteojitos a lo John Lennon y su melena blanca le daban un aspecto de rockero del pasado o de intelectual melancólico, según la fantasía de la pareja de turno. También él estaba bien acompañado, rubia natural, jeans ajustados de tiro corto, horas de cama solar, kilos de crema humectante, fecha de nacimiento incierta, casi todos los dientes. Un lujo.

Sentada cerca de Josi y con un vaso de Fresitas en la mano había una mujer muy fea que me miró directamente a los ojos. Le sonreí por cortesía, con una sonrisa formal y confiando en lo alta que estaba la música dije con toda la voz y mirándola a los ojos.

-¡Ni... lo pienses!

Mientras tanto, frente a nosotros, un tipo con más años que pelos, chomba color coral, pantalones blancos y zapatos náuticos, bailaba "Salta, salta pequeña langosta" con una mujer tan envejecida y ajada como la minifalda de cuero que llevaba puesta.

El Men me dijo que al tipo lo llamaban "El León" y que siempre se llevaba alguna mina.

Entonces pensé: esto es como cazar en el zoológico. Empecé a caminar alrededor del salón mirando y eligiendo. Una rubia de cuarenta y pico parada al lado de una columna se contorneaba al ritmo de la música, me acerqué por detrás y le dije al oído:

-Hola.

-¿Qué?

-Hola.

-No te escucho.

-Hoooolaaa -grité como si ella estuviera a dos cuadras. ¿Me escuchás ahora?

-Ah, hola -dijo la rubia secamente y volvió a mirar hacia donde estaba mirando, o sea, hacia ninguna parte, entonces le grité:

-Sos la única razón por la que todavía no me fui, espero que me des la oportunidad de conocerte.

-Ay no me escupas-me contestó ella, con acento en la "a" y cara de asco.

Pensé en una disculpa que no tuve tiempo de dar. Un hombre de cara grasosa y pelo teñido, la agarró de la mano y se fueron a bailar. Me quedé unos segundos mirando al grasoso que tenía los ojos cerrados y la baba a punto de colgar y a ella que copiaba los movimientos y la expresión. Sentí más pena que rabia por ese dúo. No obstante, la escena me dejó una enseñanza. Cuando viese una mujer que me gustara, simplemente la tomaría de la mano y la llevaría a bailar.

Di toda la vuelta al salón y me acomodé a los empujones cerca de Josi, que seguía sentado en el taburete con su rubia que lo agarraba de la cintura. Pedí champagne, la fea me miró a los ojos, yo volví a sonreír y a mirar para otro lado.

-¿Y...?- me preguntó Josi y yo le conté el episodio del grasoso.

-Y bueno, acá es así- dijo y agregó- che, cómo te mira perro camorrero.

-¿Quién?

-Ésta que está acá atrás.

-¿Perro qué?

-Camorrero. Porque tiene la mandíbula para el

culo para adentro como los bull dogs, ¿Viste?

-Pobre mina, no seas hijo de puta, debe tener algún problema.

-No. Ésta, al menos acá adentro no tiene ningún problema, siempre engancha algo. Se queda ahí sentada, chupando gratis y de última siempre algún chabón se la lleva.

-¿Y vos, cómo sabés?

-Porque la conozco.

-¿Josi...?

-Y... fiera, después de las cinco de la mañana es Dolores Barreiro.

La miré, ella me devolvió la mirada, salí a dar una nueva vuelta al salón. En el pasillo que lleva a los baños me crucé con una chica que no tendría más de treinta años. Además era linda. Pensé que se habría equivocado de baile. La agarré de la mano, ella se dejó llevar a la pista de manera serena y natural. Bailamos una cumbia y después de disculparme por mis torpezas de bailarín fuera de práctica le dije:

-Sos la única razón por la que todavía no me fui, espero que me des la oportunidad de conocerte.

-Bueno, ¿qué querés saber?

-Y, qué sé yo, ¿qué hacés?, ¿qué no hacés?, ¿qué hacés cuando no hacés nada?

-Cuando no hago nada... nada.

La conversación no prometía demasiado. Pensé que quizás fuese conveniente seguir bailando y dejar la charla para un momento más propicio, pero nunca fui un buen bailarín, así que decidí repetir el intento aunque no sabía qué decir.

Como si alguna parte de mí empezara a contagiarse con el ambiente, me escuché preguntando:

-¿Cómo te llamás?

-Doscientos.

-¿Cómo?

-Doscientos. Pesos eh, no te asustes. Eso incluye la copa y puedo irme dos horas.

-No, no, yo pensé que...

-Hoy es sábado, no pienses. Bueno, cualquier cosa, voy a estar por acá.

Me dio un beso en la mejilla y salió de la pista

caminando con la misma naturalidad con la que había entrado. Aunque ya no estábamos juntos, yo salí detrás de ella que aceleró el paso y se perdió entre la gente.

Me quedé parado, encendí un cigarrillo y volví a pensar en irme, pero entonces dos mujeres que estaban sentadas en la misma silla, una sobre la falda de la otra, me sonrieron al mismo tiempo. Tomé de la mano a una de ellas y para mi sorpresa, las dos se levantaron. La novedad de bailar de a tres me resultó divertida. Las dos eran lindas y tenían un cierto parecido físico que sumado a la evidente diferencia de edad que había entre ellas, me llevó a suponer que serían madre e hija. Por supuesto me interesó la más joven. Después de bailar un rato las invité a tomar algo fresco, ellas aceptaron. Nos apoyamos los tres contra la barra, yo en el medio. Giré la cabeza hacia la joven y le dije:

-Sos la única razón por la que todavía no me fui, espero que me des la oportunidad de conocerte.

-Bueno, te la estoy dando.

-¿Sabés?-dije- es difícil darse a conocer hablando a los gritos, pero, de todos modos hagamos el intento, ¿te parece?

-Dale -dijo ella y se tomó de un trago medio vaso de whiscola.

-La verdad, que esto es nuevo para mí, sinceramente me parece bárbaro y no tengas ninguna duda de que es lo más lindo que me pasó esta noche. Cuando yo tenía tu edad, las madres que acompañaban a las hijas a los bailes, eran viejas y feas, y se quedaban dormidas al lado de los parlantes, ahora bailan juntas, y encima tu mamá es muy atractiva.

¿Cuando yo tenía tu edad! ¿Cómo pude haberle dicho semejante boludez? Sin duda estaba fuera de práctica. Pero eso no fue lo peor. Lo peor fue que no eran madre e hija, ni mucho menos.

Al escucharme se empezó a reír a carcajadas, la otra quiso saber qué era lo que le causaba tanta gracia, y cuando ella le dijo:

-Se cree que sos mi mamá-, la otra sonrió

amargamente.

-¿Viste qué era un ganso? -dijo y me miró con desprecio, entonces, la joven, para aclarar las cosas, tomó entre sus manos la cara de la mayor y le dio un apasionado, largo y húmedo beso en la boca. Después me miró y dijo:

-¿Me vas conociendo?

Se fueron llevándose las copas que yo había pagado. Volví otra vez a la barra donde Josi y el Men habían constituido domicilio.

Esta vez, fue el Men el que me preguntó:

-¿Y...?

-Que sé yo, no cazo una. ¿Vos sabías que acá había patines?

-Sí, pero son dos o tres.

-Bueno, a una la agarré yo y después dos minas juntas que...

El Men me interrumpió.

-Ah, las conozco. Bah, las conocen todos. Y, ¿viste?, acá es así.

-Así ¿cómo?

-Y, así, un quilombo. Che, ¿le das a la mina que está acá atrás?, porque me preguntó quién eras.

-¿A cuál?

-A la de remera negra.

Por supuesto, se refería a perro camorrero. Sin contestarle salí a dar otra vuelta. Noté entonces, que varias mujeres que antes me habían mirado, ahora no me prestaban ninguna atención.

Seguí caminando y de pronto, otra rubia me miró directamente a los ojos. Una remera color turquesa dejaba ver sus hombros y una minifalda blanca con volados, las piernas bronceadas por el sol.

-¿Y esta mina dónde estaba?! ¿Estará laburando?

Me dije a mí mismo, que seguramente, sería una de esas diosas que no le prestan atención a nadie y que van a los bailes para satisfacción de su propia vanidad. No obstante, bien valía la pena hacer el intento.

Me acerqué decidido y le dije:

-Sos la única razón por la que todavía no me fui, espero que me des la oportunidad de



conocerle.

Ella sonrió, me temblaron las piernas. La agarré de la mano y la llevé a bailar. Era tarde, las canciones que estaban pasando eran baladas y boleros, como se hacía antes en los bailes cuando estaban por terminar. Nos abrazamos y bailamos la canción de la novela Padre Coraje.

“Prohibido nuestro amor ¿Y qué?”, lará lará lará, laríííí.

La abracé con firmeza y ella respondió del mismo modo. No quería precipitarme, no quería arruinar las cosas yendo demasiado lejos demasiado rápido, y por las dudas, no quería preguntar nada. Por impulso la besé, primero con suavidad, pero al ver que ella me correspondía, la intensidad fue aumentando hasta que nos dimos un beso apasionado y otro y otro más. Estaba en la gloria. “Volví”, me dije a mí mismo y una sensación de felicidad, casi de emoción, me recorrió el estómago y me llegó a la garganta.

La tomé con las dos manos de la cintura, la apreté con firmeza contra mí y entonces me di cuenta de que la rubia la tenía más dura que yo.

Di un grito de espanto, como si me hubiese tocado un rayo y salí corriendo, tropecé con las otras parejas y recibí alguna que otra puteada.

Estaba avergonzado y sentía que todos me miraban, pero estaba equivocado, nadie me prestaba atención, porque allí era así, allí era como había dicho el Men: un quilombo. Ya se habían hecho las seis de la mañana cuando volví una vez más al punto de partida. El Men y Josi bailaban. La gente había empezado a irse y el salón a mostrar con un dejo de melancolía, los restos de la noche. El sol se filtraba entre las cortinas, Perro camorrero seguía allí, fumaba y tiraba el humo para arriba.

Pensé que después de todo no era tan fea y que, si siempre alguien se la llevaba, por algo debía ser. También pensé que su mandíbula saliente mostraba un rasgo de carácter y que la forma rara de sus caderas la hacía distinta y especial y que había en ella una sensualidad misteriosa en la que antes no había reparado y que quizás valiese la pena conocerla, total, allí era un quilombo. Josi había dicho que después de las cinco de la mañana daba lo mismo una carroza que un zapallo y ya eran las seis y cuarto.

Le sonreí y me acerqué con la intención de decirle mi frase infalible. Ella apoyó un dedo sobre mis labios, como invitándome a hacer silencio.

-¡Ni... lo pienses!- dijo y dio vuelta la cara.

LA BAULERA:

EL TEMERARIO JOVEN DEL TRAPEZIO

DE WILLIAM SAROYAN



Ilustración: Damián Foresti

I. - Sueño

Horizontalmente despierto entre anchuras universales, practicando risas y alegría, sátira, el fin de todo, de Roma y también de Babilonia, apretados los dientes recuerdo, mucho calor volcánico, las calles de París, las llanuras de Jericó, y él deslizándose como reptil en abstracción, una galería de acuarelas, el mar y los peces con ojos, sinfonía, una mesa en un rincón de la Torre Eiffel, jazz en la ópera, despertador y el zapateo del juicio final, conversación con un árbol, el río Nilo, un Cadillac en dirección a Kansas, el rugir de Dostoievsky y el sol oscuro.

Esta tierra, el rostro de uno que vivió, la forma sin peso, llorando sobre la nieve, música blanca, la flor aumentada a dos veces el tamaño del universo, negras nubes, la pantera enjaulada mirando fijamente, espacio inmortal, el señor Elliot cocinando pan con las mangas arrolladas, Flaubert y Guy de Maupassant, una rima sin palabras, de inmediato significado, Finlandia, matemáticas muy pulidas y relucientes como una cebolla para los dientes, Jerusalén, el sendero de la paradoja.

El canto profundo del hombre, el débil susurro de alguien invisible pero vagamente conocido, un huracán en el trigal, una partida de ajedrez, comido el rey, y la reina, Karl Franz, el negro Titanic, Chaplin llorando, Stalin, Hitler, multitud de judíos, mañana es lunes, no se baila en las calles.

Un fugaz movimiento de la vida: ha terminado; de nuevo la tierra vuelve a la realidad.

II - Despierto

Viviendo, vestido y afeitado, haciéndose muecas en el espejo. "Poco atrayente", dice. "¿Dónde está mi corbata?" (Sólo tiene una). Café y un cielo gris. La niebla del Océano Pacífico, el tronar de un tranvía que pasa, gente camino de la ciudad, una vez más, el día, prosa y alegría. Descendió las escaleras con rapidez y echó a andar por la calle, pensando de repente: "Sólo en sueños nos es dado conocer que vivimos. Solamente allí, en esa muerte con vida nos encontramos con la lejana tierra, Dios y los santos, los nombres de nuestros padres, la substancia de momentos remotos; es allí donde los siglos se funden en momentos, donde lo vasto se vuelve insignificante, átomo tangible de la eternidad."

Entró en el nuevo día tan alerta como era posible, haciendo sonar ruidosamente los tacones, observando con sus ojos la verdad superficial de calles y edificios, la trivial verdad de la realidad. Su imaginación cantaba desesperadamente. Hiende los aires con la mayor facilidad, el joven temerario del trapecio; luego rió con toda su alma. Era en realidad una mañana espléndida; gris, fría y desalentadora, una mañana para estar interiormente animado.

-¡Ah, Edgar Guest- dijo- cuánto ansío tu música!

En la cuneta encontró una moneda que resultó ser un penique de 1923. La colocó en la palma de la mano y la sometió a un examen minucioso, recordando la fecha y con el pensamiento en Lincoln, cuyo perfil se veía estampado en la moneda. No había casi nada que un hombre pudiese adquirir con un penique. "Me compraré un automóvil, pensó. O me vestiré como un dandy, iré a los buenos hoteles para comer y beber, volviendo luego a la tranquilidad. O me pesaré introduciendo la moneda en la ranura de una balanza pública."

Era bueno ser pobre y comunista... pero era terrible sentir hambre. ¡Qué apetito y

qué ansia de buena comida! Estómagos vacíos. Recordó su gran necesidad de alimentarse. Todas sus comidas consistían en pan con café, y cigarrillos; y ya no tenía más pan. El café sin pan no serviría jamás honestamente de comida, y en el parque no había hierbas que pudieran cocerse como las espinacas.

¡Si se supiera la verdad!... Estaba medio muerto de hambre y, sin embargo, tenía que leer un sin fin de libros antes de morir. Se acordó del joven italiano en un hospital de Brooklyn, un empleadito enfermo, llamado Mollica, que una vez dijo, desesperado:

-Quisiera ver California antes de morir.

Y él pensó ansiosamente: "Por lo menos debo leer una vez más Hamlet. O quizás Huckleberry Finn".

Fue entonces cuando se despabiló por completo: ante la idea de morir. Este estado de vigilia era ahora como una especie de "shock" sostenido. "Un joven podía perecer de manera poco ostentosa", pensaba; y ya estaba casi muerto de hambre. El agua y la prosa eran finas, llenaban mucho espacio inorgánico, pero eran inadecuadas. Si al menos hubiera algún trabajo que hacer a cambio de dinero, alguna labor trivial en nombre del comercio. Si le permitieran sentarse todo el día ante un pupitre y hacer sumas, restas, y multiplicar y dividir, quizás no muriese. Compraría alimentos, de todas clases; cosas delicadas de Noruega, Italia, Francia; toda especie de pescado, carne de vaca, cordero, queso, uvas, higos, peras, manzanas, melones que adoraría después de haber satisfecho su apetito. Colocaría un racimo de uvas coloradas en un plato junto a dos higos negros, una pera amarilla grande y una manzana verde. Aspiraría durante horas el aroma de un melón partido. Compraría grandes panes franceses morenos, verduras de todas clases, carne; compraría vida.

Desde una colina observó la ciudad majestuosa hacia el este, grandes torres

llenas de gente como él. Inmediatamente alejó su imaginación de todo eso, casi definitivamente seguro de que nunca conseguiría ser admitido, casi cierto de haberse aventurado por el camino equivocado, o, acaso, en el siglo equivocado; él, un hombre de veintidós, tendría que permanecer eternamente afuera. Este pensamiento no le apenaba. Se dijo a sí mismo que alguna vez tendría que escribir una solicitud de permiso para vivir. Aceptó el pensamiento de la muerte sin compadecerse de sí mismo ni del hombre, en la creencia de que aún dormiría, al menos, otra noche. Tenía pagado el alquiler por un día más; existía aún otro mañana. Y tras esa noche podría ir a reunirse con otros hombres sin hogar. Inclusive visitar el Ejército de Salvación, ganar a Dios y a Jesús (que no aman mi alma), ser salvado, comer y dormir. Pero él sabía que no. Su vida era suya. No deseaba destruir este hecho. Cualquier otra alternativa era mejor.

A través del aire, en el trapezio, repetía su imaginación. Divertido, terriblemente cómico. Un trapezio hacia Dios, o hacia nada, un trapezio volante hacia alguna especie de eternidad; rogaba ansiosamente que se le concediera fuerza para hacer ese vuelo con gracia.

-Tengo un centavo- dijo-. Es una moneda norteamericana. Por la tarde la puliré hasta que brille como el sol y estudiaré su inscripción.

Ya caminaba por la ciudad misma, entre los hombres vivos. Había uno o dos sitios adonde ir. Vióse reflejado en las lunas de los escaparates de los comercios y su aspecto lo desalentó. No parecía tan fuerte como presumía, sino que había, en efecto, algo inseguro en todo su cuerpo; en el cuello, en los hombros, en los brazos, en el tronco y las rodillas. "Eso no servirá de nada," se dijo. Y haciendo un esfuerzo reunió todas sus partes dispersas y se volvió tensa y artificialmente erecto y sólido.

Pasó ante innumerables restaurantes con magnífica disciplina, rehusando mirar al interior. Al fin llegó a un edificio en el cual penetró. Un ascensor lo condujo hasta el séptimo piso, cuyo vestíbulo atravesó para introducirse en las oficinas de una agencia de colocaciones. Ya se hallaban allí dos docenas de jóvenes. Esperó en un rincón que le llegara el turno de ser interrogado. Obtenido al fin este gran privilegio, fue sometido a una serie de preguntas por una señorita de cincuenta años, escasa de inteligencia.

–Bien; dígame qué sabe hacer.

Permaneció confuso antes de responder pacientemente.

–Sé escribir.

–Quiere decir que tiene buena letra, ¿verdad?- dijo la solterona.

–Bueno, sí- contestó él-. Pero quiero decir que sé escribir.

–¿Escribir qué?- preguntó aquella señorita, casi enojada.

–Prosa- respondió él, sencillamente.

Hubo una pausa, al final de la cual dijo la dama:

–¿Sabe manejar la máquina?

–Por supuesto.

–Muy bien- habló ella. Deje su dirección y nos pondremos en contacto con usted. Esta mañana no tenemos nada.

En la otra agencia sucedió algo semejante, salvo que fué indagado por un joven presumido que parecía un cerdo. De las agencias fué a los grandes almacenes, donde hubo de soportar mucha pomposidad, alguna humillación de parte suya y, finalmente, la advertencia de que no había trabajo. No se sintió disgustado y, cosa rara, ni siquiera se percató de hallarse personalmente envuelto en todas esas tonterías. Era un joven que necesitaba dinero para continuar siéndolo y no había medio de obtenerlo sino trabajando.

Y no había trabajo. Era simplemente un problema abstracto, cuya solución intentaba por última vez. Ahora se alegraba de que el asunto hubiese llegado

a su término.

Comenzó a distinguir con claridad el curso de su vida. Excepto en algunos momentos, había sido en gran parte sincera, pero ahora determinó que hubiera en ella tan poca imprecisión como fuera posible.

Desfilaron innumerables almacenes y restaurantes en su camino hacia la Y.M.C.A., donde, provisto de papel y tinta, comenzó a redactar su solicitud. Trabajó durante una hora en este documento, al cabo de la cual, a causa del aire viciado del lugar, y del hambre, se sintió desfallecer. Parecióle estar nadando y alejándose de sí mismo con grandes brazadas, por lo que abandonó apresuradamente el edificio. En el Civic Center Park, frente a la biblioteca pública, bebió agua; después, se sintió más animado. Un viejo hallábase de pie en el centro del boulevard de ladrillos, rodeado de gaviotas, pichones y petirrojos, a los que daba grandes puñados de migajas, con gesto gallardo, tomándolas de una bolsa de papel.

Se sintió vagamente impulsado a pedirle al viejo una parte de las migajas, pero ni siquiera dejó que tal pensamiento adquiriese forma. Durante una hora estuvo en la biblioteca leyendo a Proust. Luego, al sentirse desfallecer de nuevo, apresuróse a salir para beber más agua en la fuente del parque, antes de emprender la larga caminata en demanda de su alojamiento.

–Iré a dormir un poco más- dijo-, no hay otra cosa que hacer.

Ya conocía entonces su estado, de fatiga y debilidad para engañarse a sí mismo sobre si se encontraba bien, y sin embargo su mente se hallaba viva y despierta. Como si constituyese una entidad aparte, persistía en articular bromas impertinentes acerca de su verdadero malestar físico. Llegó a su alojamiento en las primeras horas de la tarde, y preparó inmediatamente el café en una cocinita de gas. No había leche en el jarro, ni nada de la media libra de azúcar que comprara la semana anterior. Sentado en el lecho, sonriendo, bebió una taza de

líquido negro y caliente. Había hurtado hojas de papel de la Y.M.C.A. y esperaba poner fin a su documento, pero ahora le desagradaba incluso la idea de escribir. No había nada que decir. Comenzó a pulir el penique encontrado por la mañana y esta ocupación absurda le produjo gran placer. Ninguna moneda norteamericana reluce tanto como el penique. ¿Cuántos necesitaría para seguir viviendo? ¿No había algo más que pudiese vender? Examinó su habitación vacía, de la cual había desaparecido el reloj, así como los libros. Todos libros excelentes; nueve de ellos vendidos a ochenta y cinco centavos. Sintióse enfermo y avergonzado de haberse separado de ellos. Había vendido su mejor traje por dos dólares, pero eso no importaba. Era distinto. Se sintió indignado al comprobar esa falta de respeto por los hombres de letras. Dejó el penique reluciente sobre la mesa, y se puso a contemplarlo con el gozo del tacaño. "Qué linda sonrisa," se dijo. Sin leerla se dedicó a mirar la inscripción:

E pluribus Onum One Cent United States of America, y dando vuelta la moneda vió a Lincoln y las palabras In God We Trust Liberty, 1923.

—¡Qué hermoso es!— dijo.

Se sintió aletargado; una enfermedad mortal lo invadía, un sentimiento de náuseas y de desintegración. Confuso, permaneció de pie junto al lecho, pensando que no había más que hacer sino dormir. Ya se sentía dando grandes zancadas a través de la fluidez de la tierra, alejándose a nado hacia el principio. Cayó boca abajo sobre el lecho diciéndose: "Al menos debo darle la moneda a algún chiquillo. Un niño podría comprar muchas cosas con un penique."

Y luego, rápidamente, con la gracia limpia del joven del trapecio, se separó de su cuerpo. Durante un momento eterno lo fue todo: ave, pez, roedor, reptil y hombre. Un océano de papel impreso ondulaba interminable y oscuramente ante él. La ciudad ardía. La multitud, apelotonada, era tumultuosa. La tierra desaparecía en círculos, y sabiendo lo que hacía, volvió su rostro perdido hacia el cielo vacío y se quedó inmóvil, sin soñar, perfecto.

William Saroyan

Escritor armenio-norteamericano, nacido en Fresno, California en 1908. A los 15 años abandonó los estudios. Más tarde los continuó, mientras realizaba diversas ocupaciones, como la de administrador en la Compañía de Telégrafos de San Francisco. Se convirtió en escritor gracias a su madre, quien le mostró algunos escritos de su padre difunto, y así es como comenzó a escribir numerosas obras y cuentos que giran en torno a los primeros años de vida de un hijo de inmigrantes pobres y armenios. Sus historias fueron muy populares durante los años de la Gran Depresión, con "El temerario joven del trapecio", obtuvo el reconocimiento general del público y de la crítica en 1933. En cuanto a sus obras de teatro, se destacan "Mi corazón está en las tierras altas", obra que recibió grandes elogios en su estreno en 1939, y "El momento de tu vida", por la que ganó el Premio Pulitzer en 1940, el cual rehusó por considerar que el comercio no debe patrocinar las artes. Entre sus novelas, la más importante es "La comedia humana", por los derechos cinematográficos recibió sesenta mil dólares que los repartió entre amigos y parientes pobres.

LA GALLINA RECOMIENDA

Foto: Lucía Riera

Camila Goldman

Libro:

"Miedo a volar" (1977)

Erica Jong

Sudamericana

Película:

"Bailarina en la oscuridad"

(Dancer in the dark)

Director: Lars Von Traer

(Dinamarca/ Francia/Suecia,

2000)

Drama.

Música:

"Ese asunto de la ventana"

(2005)

Lisandro Aristimuño

Música contemporánea

Los años luz

Claudia Gorenstein

Libro:

"Al sur de la frontera, al oeste del sol"

Haruki Murakami

(2003) Tusquets

Película:

"Claroscuro" (Shine)

Director: Scott Hicks

(1996 - Australia)

Música:

"Painted from memory"

Elvis Costello con Burt

Bacharach

(1998) Polygram

Hernán Bayón

Libro:

"El desierto y su semilla"

(1998)

Jorge Baron Biza

Editorial: Sigmur

Película:

"El tercer hombre" (1949)

Director: Carol reed

Música:

"Grace" (1994)

Jeff Buckley

Sony Music

Stella M Roque

Libro:

"El hombre en busca de sentido"

Viktor Frankl.

Editorial Herder.

Película:

"El empleo del tiempo"

("L'emploi du temps")

(Francia 2001)

Drama.

Director: Laurent Cantent.

Música:

"Is there anybody out thee?"

The Wall: Live 1980-1981.

Pink Floyd (2000)

Rock

Emi Records

Yolanda Veneri

Libro:

"El desierto de los tártaros"

(Il deserto dei Tartari) (1940)

Dino Buzzati

Película:

"El club de la pelea"

("Figh club")

Estados Unidos, 1999

Acción

Director: David Fincher

Música:

"Avalancha" (1995)

Héroes del Silencio

Emi Records

María José Sánchez Lesta

Libro:

"Una temporada en el

infierno" (1873)

Arthur Rimbaud.

Película:

"Goodbye Lenin" (2003)

Director: Wolfgang Becker

Música:

"Artaud" (1973)

Pescado Rabioso

Sony Music



Fotografía: Lucía Riera

